



boletín

sobre el envejecimiento

perfiles y tendencias

Nº 9

ENERO 2004

Envejecer en femenino

Algunas características de las mujeres mayores en España

EDITORIAL

Desde el Observatorio de Personas Mayores, una vez más, deseamos contribuir con este espacio de referencia al análisis, difusión e información de todos los aspectos que engloba el amplio mundo de la gerontología. Las tendencias más actuales de las políticas de protección social y las características de cada uno de los subgrupos que integran el colectivo de las personas mayores son algunas de nuestras prioridades.

En esta ocasión publicamos un documento que entendemos, va a contribuir a un mejor conocimiento de las características de nuestra población mayor. Y como hablar de envejecimiento es hablar de lo femenino, se presenta aquí una síntesis del trabajo realizado por Lourdes Pérez Ortiz, junto a otros investigadores de la UAM, CSIC y el Instituto Carlos III. Este estudio ha sido encargado por el Instituto de la Mujer, del Ministerio

de Trabajo y Asuntos Sociales, y se publicará próximamente.

Todavía hay demasiada escasez de datos y estudios sobre el envejecimiento femenino, a pesar de ser las mujeres mayores, sólo en España, más de cuatro millones de personas y tener un peso demográfico específico; representan casi una décima parte de la población total española y una quinta parte de la femenina.

El estudio comprende un amplio recorrido de temas (realidad demográfica, estado de salud, dependencia y cuidados, formas de convivencia, relaciones sociales, trabajo, jubilación y situación económica, actividades, valores e imagen social) que tratan de situar a las mujeres mayores en sus coordenadas sociodemográficas y buscan también respuesta a si el envejecer, es una experiencia diferente para hombres y mujeres.

Lourdes Pérez Ortiz ha puesto a nuestra disposición los principales datos de este estudio que aporta los resultados de la primera encuesta realizada en España al colectivo de mujeres mayores de 65 años. Actitudes, valores, actividades, sentimientos e imagen social, son algunos de los marcos que conforman el retrato que emerge de las mujeres mayores, en este interesante análisis que se nos ofrece.

Confiamos en contribuir al conocimiento de nuestra población mayor y como siempre, contamos con sus sugerencias y comentarios que pueden remitir directamente al OPM o realizar a través de nuestro portal: <http://www.imsersomayores.csic.es>, donde encontrarán, en la sección documentos, amplia información sobre este y otros temas de interés.

Observatorio de Personas Mayores



Primera edición: 2004

© Instituto de Migraciones y Servicios Sociales (IMSERSO), 2004

Edita: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales
Secretaría General de Asuntos Sociales
Instituto de Migraciones y Servicios Sociales
Avda. de la Ilustración c/v Ginzo de Limia, 58
28029 Madrid - Tel.: 91 363 89 35

NIPO: 209-04-003-0

Depósito Legal: BI-229-04

Imprime: Grafo, S.A.

Autores: *Lourdes Pérez Ortiz* (Universidad Autónoma de Madrid)

ÍNDICE

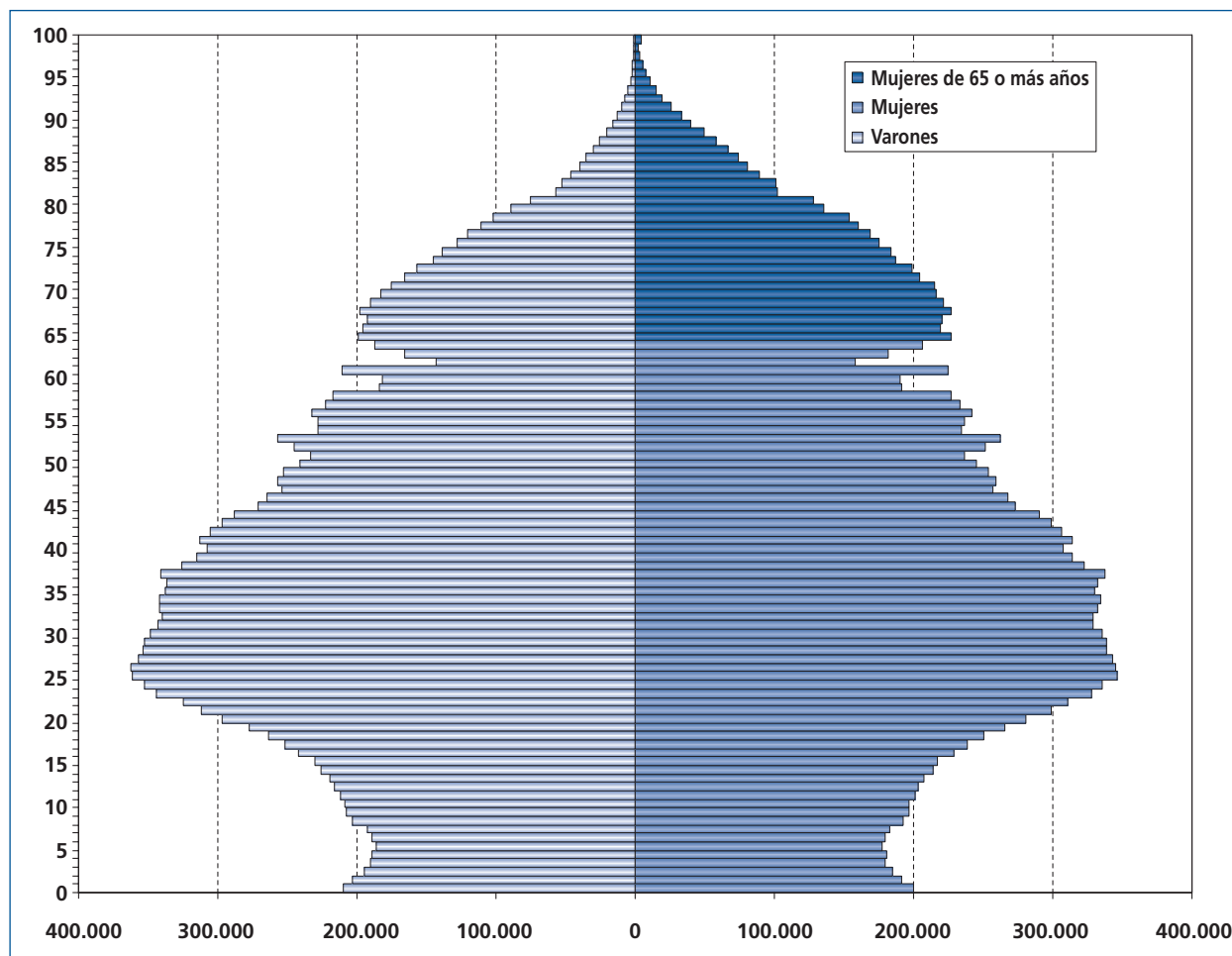
1. El estudio de la vejez de las mujeres	2
2. Estado de salud, dependencia y cuidados	4
2.1. Estado de salud y dependencia	4
2.2. Atención formal e informal.....	4
2.3. La articulación de la solidaridad familiar con los servicios formales de atención a las mujeres mayores.....	7
3. Formas de convivencia	9
4. Relaciones sociales	11
5. Actividades	14
5.1. Reparto de tareas domésticas	14
5.2. Cuidado de los nietos.....	15
5.3. Otras actividades	16
6. Actitudes y valores	18
6.1. Intereses generales.....	18
6.2. Otros valores: política y religión.....	19
7. La experiencia de envejecer.	20
7.1. Sentimientos generales ante la vida	20
7.2. Sentimientos de soledad.....	22
7.3. Imagen social de las mujeres mayores: atributos y edades de la vejez	22
8. Conclusiones.	24

1. El estudio de la vejez de las mujeres

Las mujeres mayores agrupan en España a más de cuatro millones de personas (4.148.022, según el Padrón de 2002), es decir, suponen casi la décima parte de toda la población española (9,9%) y casi la quinta parte (19,5%) de la población femenina. El «peso demográfico» de las mujeres mayores no se ha traducido, por el momento, en un interés de similares proporciones por conocer su realidad social. En primer lugar, el desarrollo de la Gerontología Social en nuestro país es reciente y se ha centrado en estudios de carácter general sobre la vejez, o se ha ocupado preferentemente de temas masculinos, como la jubilación. La realidad, sin embargo, nos dice que en-

tre la población mayor, las mujeres son mayoría: en el año 2002, el número de mujeres mayores supera en más de un millón al de sus coetáneos varones (3.021.413). En segundo lugar, los estudios sobre las mujeres han concentrado sus esfuerzos en la transformación que la condición femenina ha experimentado en épocas recientes, de la que se han beneficiado fundamentalmente las mujeres más jóvenes. Las dimensiones casi revolucionarias de esa transformación han ocultado en gran medida la realidad de estas mujeres, las mayores, que no se han beneficiado del cambio pero sí han sido probablemente las generaciones que lo han hecho posible. Su aporta-

Gráfico 1. POBLACIÓN SEGÚN SEXO Y EDAD, 2001.



Fuente: INE, *Censo de Población y Viviendas, 2001*.

ción ha permitido, y lo sigue haciendo la conquista de la educación superior y la incorporación masiva al mercado de trabajo de las generaciones de mujeres más jóvenes.

Para el próximo futuro, las proyecciones de población indican que la presencia de las mujeres mayores en la población española será cada vez más importante. Hacia el año 2050, el INE estima que habrá en nuestro país cerca de siete millones y medio de mujeres mayores (7.414.356), más de la tercera parte de toda nuestra población femenina (34,7%) y casi la quinta parte (18,0%) de la población total. El INE espera además, que hasta ese momento el desequilibrio entre los sexos se mantenga, de forma que el número de mujeres mayores excederá en 2050 en dos millones a los varones de la misma edad.

Lo que a continuación se presenta es un extracto de un estudio encargado por el Instituto de la Mujer del

Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales a un equipo dirigido por Lourdes Pérez Ortiz, de la Universidad Autónoma de Madrid y en el que han colaborado Antonio Abellán, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y Ricard Gènova y Joaquín Pereira, investigadores del Instituto de Salud Carlos III. El estudio comprendió un recorrido amplio de temas (realidad demográfica; estado de salud; dependencia y cuidados; formas de convivencia; relaciones sociales; trabajo, jubilación y situación económica; actividades; valores e imagen social) en un intento de situar a las mujeres mayores españolas de comienzos de siglo en sus coordenadas sociodemográficas precisas y buscando la respuesta a la pregunta de si la experiencia de envejecer es diferente en hombres y mujeres. La información en la que se basó el estudio procedía de fuentes de datos secundarios y también de una encuesta realizada en diciembre de 2002 a una muestra de ámbito nacional de 2.000 mujeres de 65 o más años.

2. Estado de salud, dependencia y cuidados

Estado de salud y dependencia

La presencia de las mujeres mayores en la sociedad española refleja la evolución de las pautas de mortalidad a lo largo de este siglo. Esta evolución se puede resumir en la que ha seguido la esperanza de vida. La esperanza de vida al nacer de las mujeres españolas ha aumentado a lo largo de este siglo en 46,5 años, desde 33,9 hasta 82,2 en 1998, y es en la actualidad casi siete años mayor que la de los hombres (75,3 años). El progreso ha alcanzado también a las edades más altas, la probabilidad de alcanzar los 65 años entre las mujeres españolas ha aumentado desde el 28% para las nacidas en 1900, hasta el 92% de las nacidas en 1998 y, una vez alcanzados los 65 años, las mujeres que los cumplieron en 1998 tenían una esperanza de vida de unos veinte años, casi cuatro más que los varones.

Las diferencias en la esperanza de vida se conjugan con el estado de salud de manera que, aunque las mujeres viven más, también están más enfermas. Los indicadores explorados en el estudio constatan el peor estado de salud de las mujeres mayores, por ejemplo, la proporción de mujeres que padecen enfermedades crónicas es mayor que la de los varones de su misma edad (86,2% y 79,3%, respectivamente). Las mujeres también padecen más enfermedades por persona que los varones (4,05 en las mujeres y 3,57 en los hombres). Las diferencias alcanzan también a la capacidad funcional, el informe distingue tres conceptos diferenciados: **discapacidad**, cuando existe una limitación funcional; **limitaciones** en las actividades de la vida diaria y **dependencia**, cuando las dificultades dan lugar a la ayuda de otra persona. Según la *Encuesta sobre discapacidades, deficiencias y estado de salud* (INE, 1999), más de la tercera parte de las mujeres de 65 o más años presenta algún tipo de discapacidad (35,9%), frente a algo más de la cuarta parte de los varones (27,1%); un 27,5% presenta limitaciones para la realización de actividades de la vida diaria (frente al 16,1% de los varones) y un 21,2% se identifican

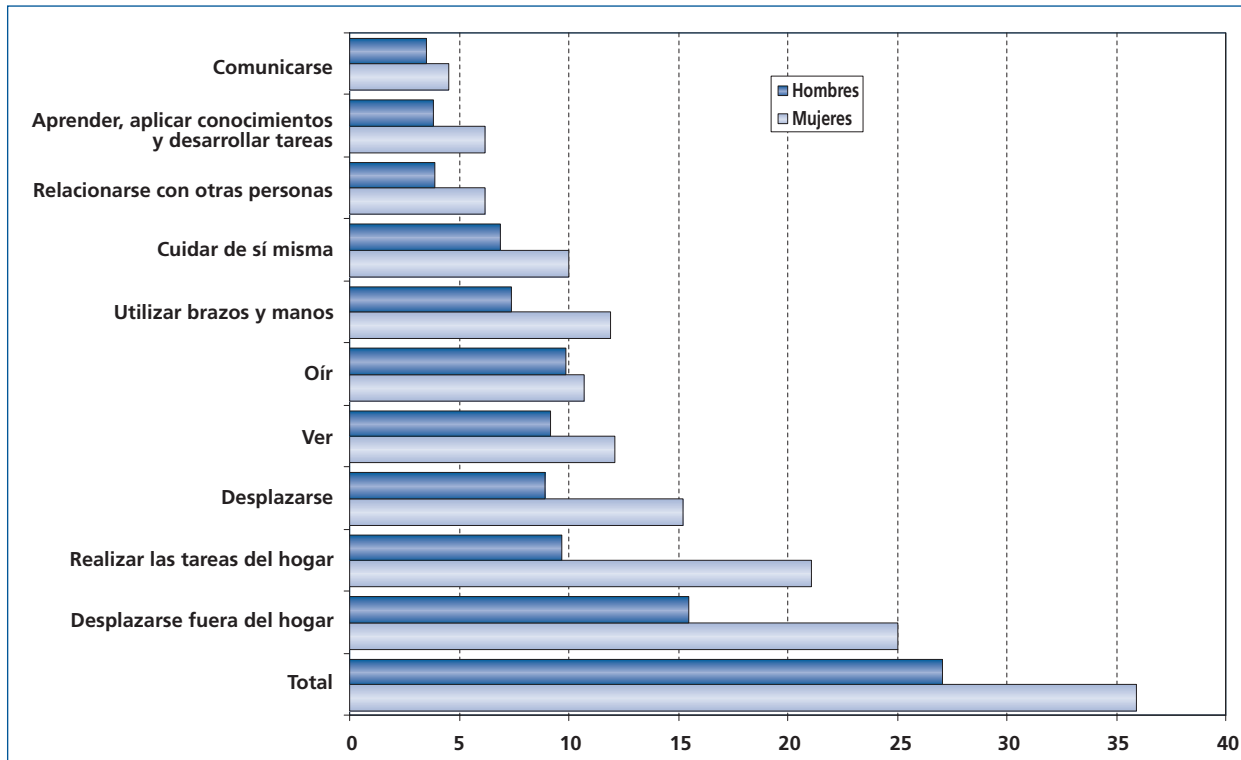
como dependientes que reciben efectivamente la ayuda que necesitan (frente al 11,7% de los varones). Elevados estos porcentajes a las cifras de población del Padrón de 2002, resultan en unas 1.490.000 mujeres discapacitadas, 1.141.000 con limitaciones y 880.000 dependientes.

La principal limitación funcional entre las mujeres mayores es desplazarse fuera del hogar (deambular sin medio de transporte, en transporte público o conduciendo su propio vehículo). Una de cada cuatro señala ese problema. En segundo lugar de importancia se encuentran las dificultades para la realización de tareas domésticas (compras, comidas, limpieza, mantenimiento, cuidarse de los demás): un 21,1% de las mujeres señalan limitaciones en esos trabajos, en contraste con los varones entre los que sólo un 9,7% dice tener limitaciones. En tercer lugar de importancia se encuentran los problemas para desplazarse (cambiar y mantener las posiciones del cuerpo, levantarse, acostarse, permanecer de pie o sentado, desplazarse dentro del hogar), el 10% de las mujeres mayores han declarado limitaciones funcionales en esas actividades.

Atención formal e informal

La respuesta a los problemas de dependencia y, en general, a las necesidades de los mayores movilizan recursos públicos, colectivos, pero sobre todo, recursos privados. En realidad, la mayor parte del cuidado la siguen asumiendo las familias, sin embargo, los agentes y el contenido de la ayuda están cambiando rápidamente. Según la encuesta, las dos terceras partes de las mujeres que necesitan ayuda para la realización de actividades de la vida diaria la reciben de un miembro de su familia, hijas (32,9%), cónyuges (15,8%), hijos (5,5%), nueras (2,6%), nietos (2,3%) y otros familiares. El segundo agente en importancia en la atención de las necesidades de las mujeres mayores resultan ser las «personas contratadas», que atienden a más de la cuarta parte de las

Gráfico 2. PERSONAS DE 65 O MÁS AÑOS CON ALGUNA DISCAPACIDAD POR SEXO Y GRUPO DE DISCAPACIDAD, 1999.

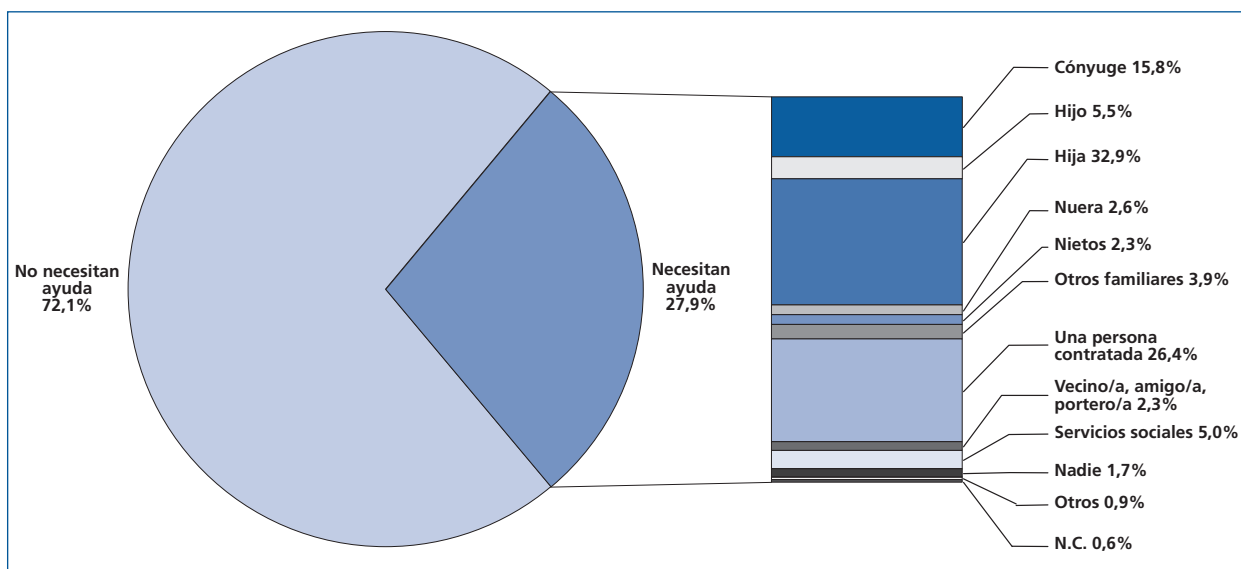


Fuente: INE: Encuesta sobre discapacidades, deficiencias y estado de salud, 1999.

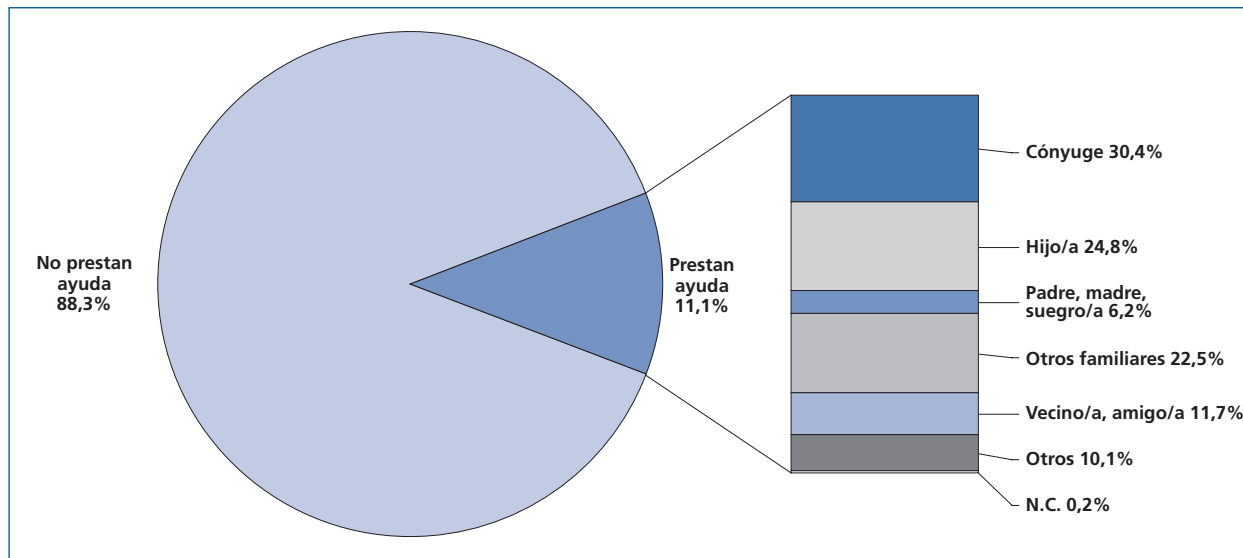
mujeres que necesitan ayuda en actividades de la vida diaria, en términos absolutos serían más de trescientas mil las mujeres mayores atendidas de esta forma.

La atención, sin embargo, no fluye en una sola dirección, es decir, desde las familias a las mujeres mayores. La encuesta estima que una de cada nueve mujeres mayores (11,1%) presta ayuda a otra persona en

Gráfico 3. MUJERES MAYORES QUE NECESITAN AYUDA PARA LA REALIZACIÓN DE ACTIVIDADES DE LA VIDA DIARIA SEGÚN LA PERSONA QUE LES PRESTA LA AYUDA.



Fuente: Encuesta de Mujeres Mayores, diciembre 2002.

Gráfico 4. MUJERES MAYORES QUE PRESTAN AYUDA PARA LA REALIZACIÓN DE ACTIVIDADES DE LA VIDA DIARIA A OTRAS PERSONAS, SEGÚN LA PERSONA A LA QUE PRESTAN LA AYUDA

Fuente: Encuesta de Mujeres Mayores, diciembre 2002.

la realización de actividades de la vida diaria. De ellas, el 80% la presta a un familiar, fundamentalmente al cónyuge (30,4%) o a algún hijo o hija (24,8%), pero también a un padre, madre, suegro o suegra (6,2%, unas 28.500 mujeres, elevadas a la población de 2002). En términos absolutos habría unas 460.000 mujeres que prestan ayuda a otras personas en la realización de actividades de la vida diaria y unas 386.000 mujeres que prestan esa ayuda a un familiar.

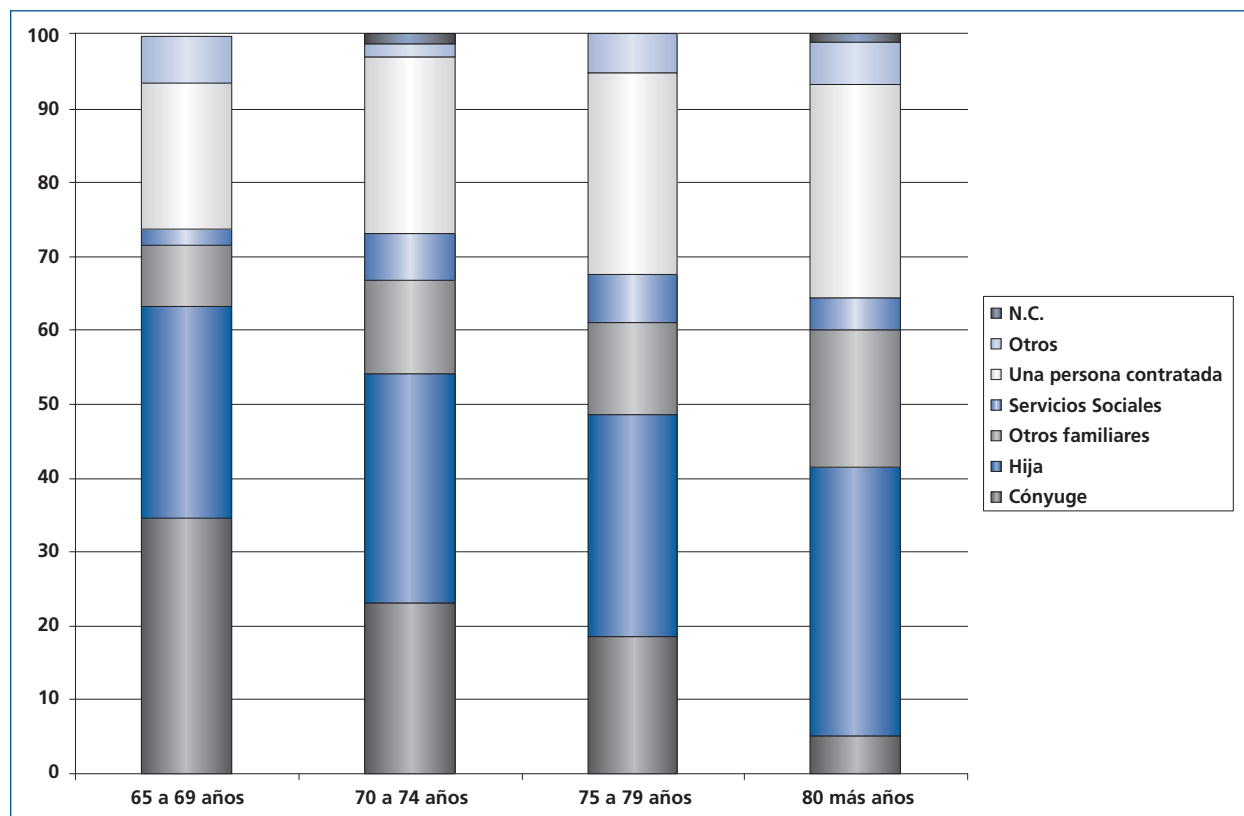
Parece, pues, que la red de apoyo familiar funciona de una manera bastante activa. El balance de los cuidados dentro de la familia es el que sigue: el 17,6% de todas las mujeres mayores recibe ayuda de un miembro de su familia para la realización de actividades de la vida diaria; pero el 9,3% de las mujeres mayores ayuda a su vez a algún familiar en la realización de esas mismas actividades. Es decir, que las necesidades de las mujeres mayores movilizan la ayuda de 728.000 personas pertenecientes a su familia, al tiempo que aportan a esa familia 386.000 cuidadoras.

Con respecto a los agentes de la ayuda, a medida que avanza la edad de las mujeres que necesitan ayuda para la realización de actividades de la vida diaria, disminuye la participación del cónyuge, aumenta la de otros miembros de la familia, particularmente de las hijas, pero también crece la importancia de las personas contratadas. En términos dinámicos,

lo que sustituye la ayuda contratada es la ausencia del cónyuge o su incapacidad para prestar la ayuda que las mujeres necesitan, no sustituye sin embargo el recurso a otros miembros de la familia.

Los datos de la encuesta indican que la ayuda externa se concentra, sobre todo, en las mujeres que necesitan ayuda para un número menor de actividades, es decir, que cuando el estado de dependencia de las mujeres se hace más agudo, es la familia la que se hace cargo de ellas. La ayuda del cónyuge también se reduce en los casos extremos. El tipo de actividades para el que se recibe la ayuda también está estrechamente relacionado con la persona que la presta, de manera que: la ayuda externa se concentra, sobre todo en las labores domésticas y en la realización de compras y recados; la de los cónyuges, especialmente en compras y recados; mientras que las hijas parecen intervenir cuando la actividad para la que se requiere ayuda es más íntima (aseo personal) o implica acompañar a la calle o al médico. Los hijos varones prestan ayuda, sobre todo, en actividades relacionadas con el exterior (compras y recados, compañía para salir a la calle o ir al médico), lo que nos ofrece una idea de los diferentes estilos de cuidado en función del género del cuidador, y es que los estilos asistenciales de los hombres consisten fundamentalmente en proporcionar una asistencia «de refuerzo», restringida y esporádica, centrada en actividades instrumentales cotidianas (transporte, com-

Gráfico 5. MUJERES MAYORES QUE RECIBEN AYUDA PARA LA REALIZACIÓN DE ACTIVIDADES DE LA VIDA DIARIA SEGÚN LA PERSONA QUE LES PRESTA LA AYUDA POR GRUPOS DE EDAD.



Fuente: Encuesta de Mujeres Mayores, diciembre 2002.

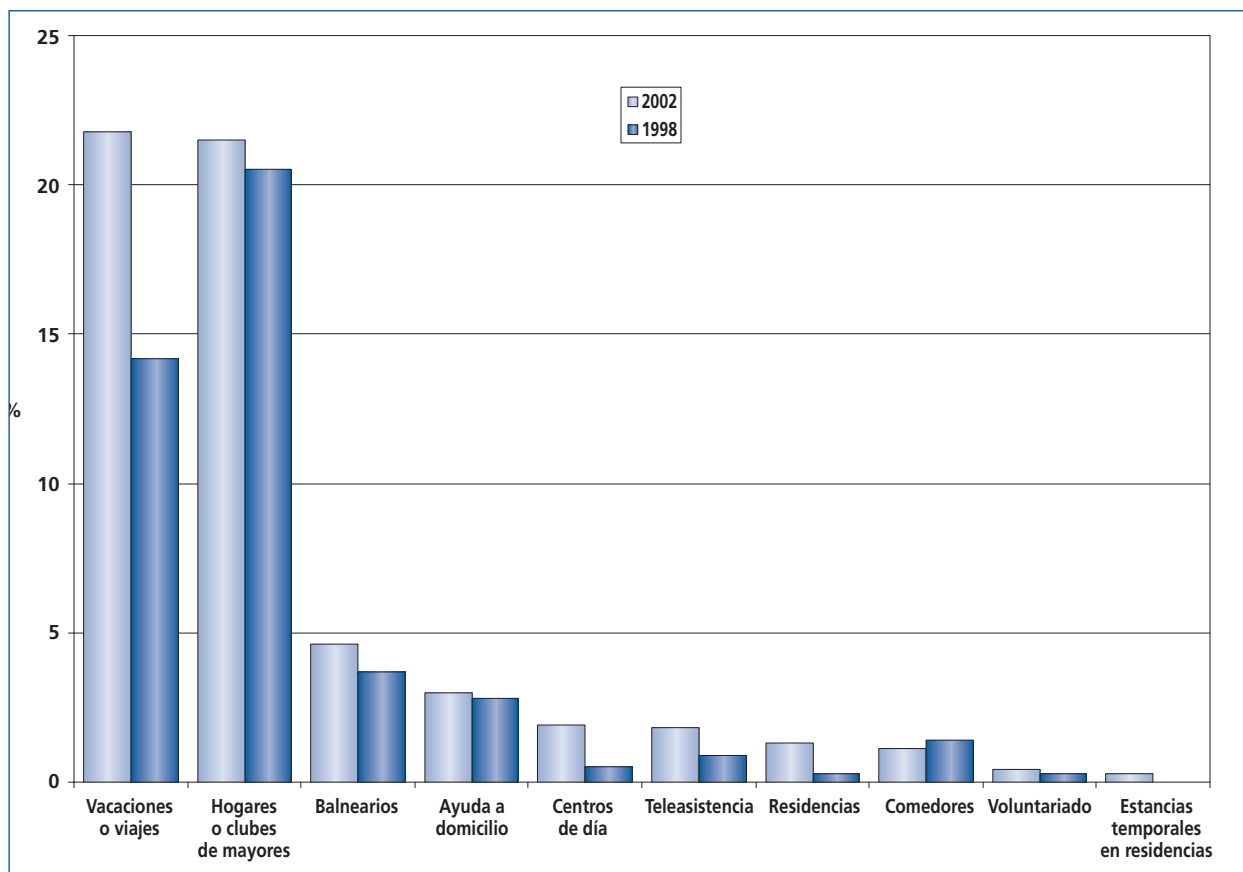
pras, lavado de ropa, economía y prestación de servicios), mientras que la de las mujeres es más continua y se basa en la provisión de asistencia personal.

La articulación de la solidaridad familiar con los servicios formales de atención a las mujeres mayores

Con el fin de estudiar la manera en que la atención informal se articula con los servicios formales de atención, la encuesta analiza el grado de conocimiento de servicios y prestaciones específicas y su uso por parte de las mujeres mayores. Los resultados constatan un conocimiento cada vez más extendido de los servicios, todos los propuestos son conocidos por más de la mitad de las mujeres mayores, a excepción de la teleasistencia (45,3%). No obstante, la edad avanzada, residir en un municipio pequeño o un nivel educativo bajo siguen determinando un amplio desconocimiento de algunos de estos servicios, especialmente los más novedosos y, particularmente las estancias temporales en residencias y la teleasistencia.

Mucho más llamativa es la relación entre información y necesidad de esos servicios y prestaciones: las mujeres que necesitan ayuda son las que menos información tienen.

Con respecto al uso, los servicios más utilizados son los relacionados con el ocio, las vacaciones o viajes y los hogares o clubes de mayores que han utilizado más de la quinta parte de las mujeres entrevistadas. Entre los demás servicios el uso es bastante más minoritario, destaca el uso de la ayuda a domicilio (3%), los centros de día y la teleasistencia, que han utilizado menos del 2% de las mujeres mayores. A pesar de que el uso de algunos servicios no parece estar muy extendido todavía entre las mujeres mayores, parece que ha evolucionado rápidamente en los años más recientes. Así se desprende de la comparación de los resultados de nuestra encuesta con los de la Encuesta de Soledad, de 1998. Los servicios cuya utilización ha aumentado de forma más intensa son sobre todo las vacaciones o viajes; en otros servicios los avances son menores, pero supone en algunos casos duplicar su cobertura.

Gráfico 6. UTILIZACIÓN DE SERVICIOS PÚBLICOS Y PRESTACIONES SOCIALES ESPECÍFICOS ENTRE LAS MUJERES MAYORES, 1998 Y 2002.

Fuente: Encuesta de Mujeres Mayores, diciembre 2002; CIS-IMSERSO, Encuesta de soledad y elaboración propia (cálculos aproximados).

La edad introduce algunos matices a las reducidas tasas de uso de los servicios y prestaciones más relacionados con los cuidados. En el caso de la ayuda a domicilio, aunque la tasa de utilización conjunta es inferior al 2%, por encima de los 75 años alcanza ya un valor del 4,6%. Algo muy similar ocurre con respecto a la teleasistencia que alcanza al 3% de las mujeres de 75 o más años. Sin embargo, no sucede lo mismo,

por ejemplo, con los centros de día que utilizan, sobre todo, las mujeres más jóvenes. La cobertura también es mayor entre las mujeres que necesitan ayuda para la realización de actividades de la vida diaria: cerca de ocho de cada cien reciben ayuda a domicilio, y unas cuatro de cada cien, cuentan con un servicio de teleasistencia.

3. Formas de convivencia

La posibilidad de obtener ayuda en caso de necesidad guarda una estrecha relación con las formas de convivencia. La más extendida entre las mujeres mayores es «en pareja», acompañadas sólo de su cónyuge o esposo, aproximadamente una de cada tres mujeres mayores vive de esta forma; le sigue en importancia la vida en solitario, con más de la cuarta parte de todas las mujeres mayores de 65 años (27,0%). La convivencia de las mujeres mayores con sus hijos es también notable, según la información de la encuesta más de la tercera parte de las mujeres mayores vive con algún hijo. No obstante, no se trata de mujeres que se hayan integrado en las familias de esos hijos, apenas el 7,1%

de las mujeres mayores presentan esa forma de convivencia. En la mayor parte de los casos (27,1% de las mujeres mayores), son los hijos lo que viven en los hogares de los padres, lo que sin duda deriva de los cambios recientes en las pautas de emancipación de los jóvenes, es decir, del notable retraso en el establecimiento de la autonomía residencial de los hijos.

Con la edad, las formas de convivencia de las mujeres mayores evolucionan como consecuencia de la pérdida del esposo y de la emancipación de los hijos: aumenta la proporción de mujeres que viven solas, disminuye de una forma muy notable la presencia de los

Tabla 1. FORMAS DE CONVIVENCIA DE LAS MUJERES MAYORES

Formas de convivencia	Porcentaje
En su propia vivienda	
Sola	27,0
Sólo con esposo o pareja	33,5
Con esposo e hijos en su propia vivienda	13,4
Con esposo y otros familiares en su propia vivienda	0,9
Con algún hijo en su propia vivienda	12,9
Con otros familiares en su propia vivienda	3,2
Sola con servicio doméstico	0,4
Otras situaciones, en su propia vivienda	0,4
En otra vivienda	
Con algún hijo en la vivienda del hijo	5,8
Con esposo e hijos en la vivienda de los hijos	1,3
Con otros familiares en otra vivienda	0,6
Otras situaciones, en otras viviendas	0,1
N.C.	0,5
(N)	(2010)

Fuente: Encuesta de Mujeres Mayores, diciembre 2002.

esposos y también, aunque con menor intensidad, la presencia de los hijos. Las estrategias residenciales de las mujeres mayores a la pérdida del esposo indican que las mujeres resuelven esta cuestión fundamentalmente viviendo solas. La estrategia de ir a vivir con los hijos u otros familiares no tiene una presencia notable hasta los 80 años y, además, aún por encima de esta edad, la proporción de mujeres solas sigue aumentando, aunque a un ritmo más lento.

El estado civil determina de una forma indiscutible las formas de convivencia, según el Censo de 2001, mientras que los varones permanecen casados mayoritariamente hasta edades muy avanzadas (hasta los 90 años el estado civil mayoritario entre los varones

es el de casados), para las mujeres la situación es bastante diferente: el 45,6% de las mujeres de 65 o más años está casada, frente al 44,3% de viudas, pero a partir de los 80 años, la viudedad ya es el estado civil mayoritario. Las mujeres casadas suelen vivir en su casa con su pareja (67,6%), pero aún más de la cuarta parte convive además con algún hijo; es muy probable que este o estos hijos aún no se hayan emancipado. Hay que tener en cuenta que las mujeres casadas son también las más jóvenes y, en correspondencia, sus hijos también. Las mujeres viudas son las que tienen mayor probabilidad de vivir en la casa de otras personas, no obstante se puede afirmar que la viudedad de las mujeres mayores ha dejado de ser causa de reagrupamiento de las generaciones bajo

un mismo techo, la mayoría viven solas (52,6%) o en su propia vivienda en compañía de algún hijo (28,1%). Las mujeres solteras y divorciadas o separadas son las que viven solas en mayores proporciones.

Quizá el cambio más importante por lo que respecta a las formas de convivencia de las mujeres mayores sea precisamente el aumento de la vida en solitario. El número de personas mayores de ambos sexos que viven solos en España ha aumentado desde unas 820.000 personas mayores en 1990 (137.000 hombres y 683.000 mujeres), hasta los 1.368.297 que estima el Censo de 2001. En términos relativos, la proporción de mayores solos ha evolucionado desde el 14,5% de 1990 hasta el 20,1%, de 2001. Nuestras estimaciones, aproximan el número de mujeres mayores que viven solas en el año 2002 a 1.141.000, frente a 305.000 hombres; expresado en términos relativos, más de la cuarta parte de las mujeres mayores vive sola, frente a uno de cada diez hombres. A pesar de este notable crecimiento, las proporciones de mayores que viven solos en España todavía están muy por debajo de las que se registran en la Unión Europea. Según el *Panel de Hogares de la Unión Europea* de 1999 en los países de la Unión Europea, el 45% de las mujeres y el 17% de los hombres de 65 y más años vivían solos y aún en siete países (Países nórdicos, Bélgica, Países Bajos, Alemania y Reino Unido), la vida en solitario alcanzaba a más de la mitad de las mujeres y a más de la cuarta parte de los hombres.

En general, las mujeres mayores que viven solas son más mayores que las que viven en compañía, las dos terceras partes superan los 75 años y aún una tercera parte los 80 años de edad. En términos absolutos, de las 1.141.000 mujeres que hemos estimado que viven solas, unas 743.000 tendrían 75 o más años, la mitad de ellas 80 o más e, incluso unas 141.000, 85 o más años. La mayoría son viudas (85,5%), de hecho, la viudez es y lo será por mucho tiempo el principal factor que alimenta el número de mujeres mayores que viven solas; la mayoría también reside en municipios urbanos. Esto no quiere decir que las mujeres mayores que residen en los municipios más grandes tengan mayor propensión a vivir en soledad, lo que sucede es que la inmensa mayoría de las mujeres de edad residen en estos municipios. Como es lógico, tener hijos disminuye las probabilidades de vivir sola, aún así, el 80,5% de las mujeres que viven solas tienen hijos vivos. Aunque la salud autopercibida es peor en las mujeres que viven solas, seguramente influida por la edad más alta de estas mujeres, no hay diferencias importantes en la proporción de mujeres

que necesitan ayuda para la realización de las actividades de la vida diaria, de hecho, más de la cuarta parte de todas las mujeres que requieren estas ayudas vive sola. Por fin, las mujeres que viven solas experimentan una satisfacción menor con respecto a su situación en general y, como es lógico, experimentan con bastante frecuencia sentimientos de soledad.

Hay otra forma de convivencia que, aunque dista de ser mayoritaria, parece tener una implantación notable en nuestro país, se trata de la situación de aquellas personas mayores que viven de forma rotativa entre varios hogares. Según nuestra encuesta, el 6,5% de las mujeres mayores suele pasar temporadas en las viviendas de otras personas; en términos absolutos ese porcentaje equivale a unas 270.000 mujeres. La mayor probabilidad de vivir temporalmente en otras viviendas corresponde a las mujeres más mayores (80 y más años) y a las viudas, a las que residen habitualmente en municipios urbanos, a las que tienen un nivel de estudios más bajo y a las que viven solas o en las viviendas de los hijos.

El estado de salud tal como es percibido por las propias mujeres mayores no explica la rotación, tampoco la necesidad de ayuda para las actividades de la vida diaria. El tipo de actividades para las que reciben ayuda es más explicativo. Las actividades más determinantes para experimentar rotación son la necesidad de compañía para salir a la calle, el aseo personal, la necesidad de compañía para ir a la consulta de un médico y, en menor medida, la necesidad de ayuda para la preparación de comidas.

El hecho de que el estado de salud no parezca determinante en la explicación de la rotación entre viviendas y que las mujeres mayores que viven de esta forma no expresen sentimientos generales más negativos o experimenten con mayor frecuencia sentimientos de soledad, puede matizar en algún sentido la valoración negativa que suscita esta forma de convivencia desde el punto de vista colectivo y desde el de los profesionales de la atención a los mayores. El informe aventura la hipótesis de que a la fórmula tradicional de la rotación por motivos de salud o de pérdida de autonomía se esté añadiendo otra rotación de carácter más social, que se produciría, bien por la necesidad, o el deseo, de obviar la presencia de ciertos obstáculos para el desarrollo de la vida diaria de las mujeres mayores en sus viviendas o en el entorno de éstas o bien, simplemente, por una búsqueda de compañía o de sociabilidad con personas con las que no se comparte habitualmente el domicilio.

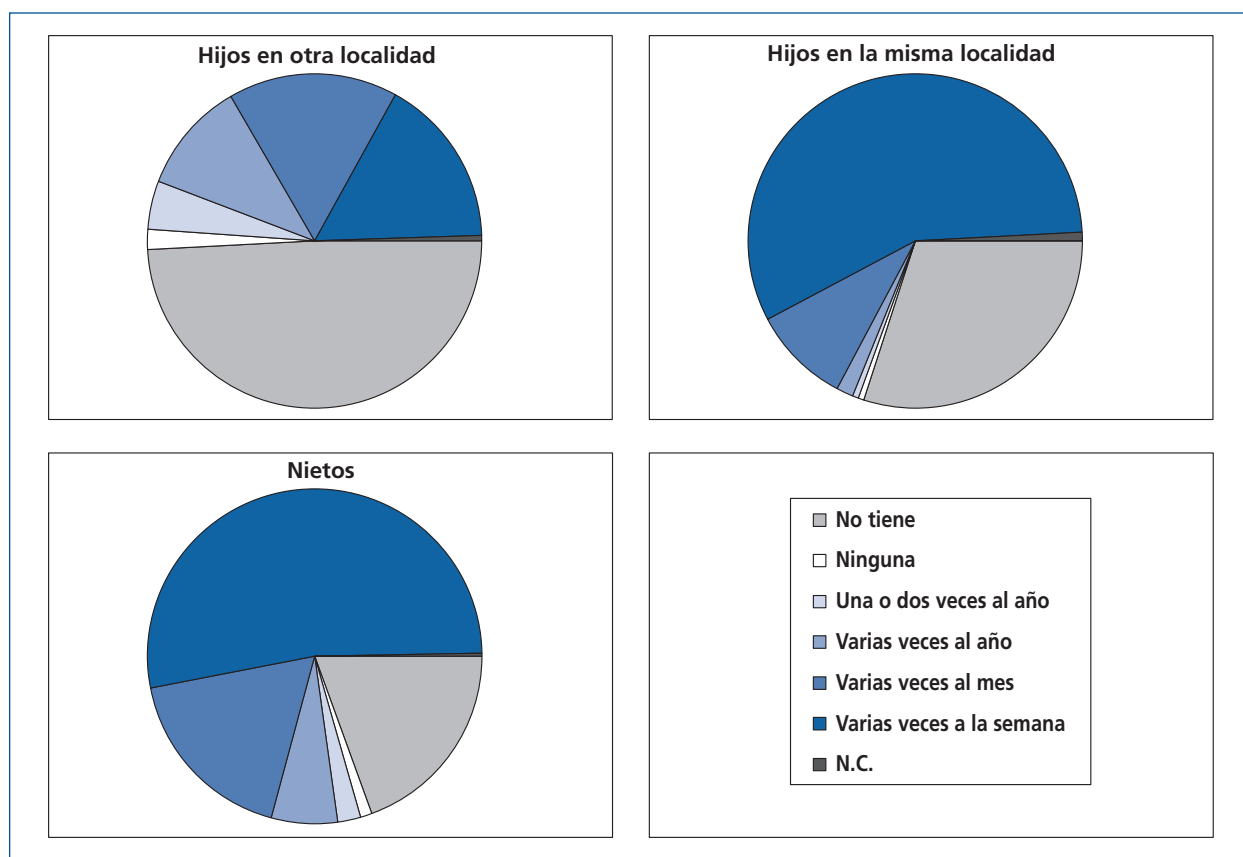
4. Relaciones sociales

La vida familiar de las mujeres mayores no se agota, por supuesto, en las formas de convivencia y menos sus relaciones sociales. En general, los datos de nuestra encuesta muestran que las mujeres mayores no están aisladas, que mantienen relaciones frecuentes con sus familiares, especialmente con los hijos, y con personas pertenecientes a otros ámbitos de sociabilidad. No obstante, algunas variables intervienen en la cantidad de intercambios sociales, desde luego, la edad, que reduce la frecuencia de contactos, pero una de las condiciones que interviene de forma más decisiva es el estado civil. En términos generales, las mujeres casadas tienen más relaciones con hijos y nietos, y menos con la familia extensa y con personas que no pertenecen a su familia. A pesar de esta res-

tricción de las relaciones al ámbito más íntimo, las mujeres casadas se sienten satisfechas con sus relaciones sociales. Lo que sucede es que estas relaciones, las que se mantienen con miembros de la familia extensa o fuera del ámbito familiar, son para ellas de carácter secundario y complementario, de manera que se relegan a un segundo plano cuando existe esposo y relaciones frecuentes con los hijos, y sólo se activan cuando faltan estas relaciones.

Las mujeres solteras compensan su carencia de hijos y esposo con más relaciones con los miembros de la familia extensa y fuera del ámbito familiar. Si en la vejez la familia es lugar más importante en la provisión de sociabilidad, ayuda y compañía, en el caso de los

Gráfico 7. FRECUENCIA CON LA QUE LAS MUJERES MAYORES MANTIENEN RELACIONES CON SUS HIJOS Y NIETOS.



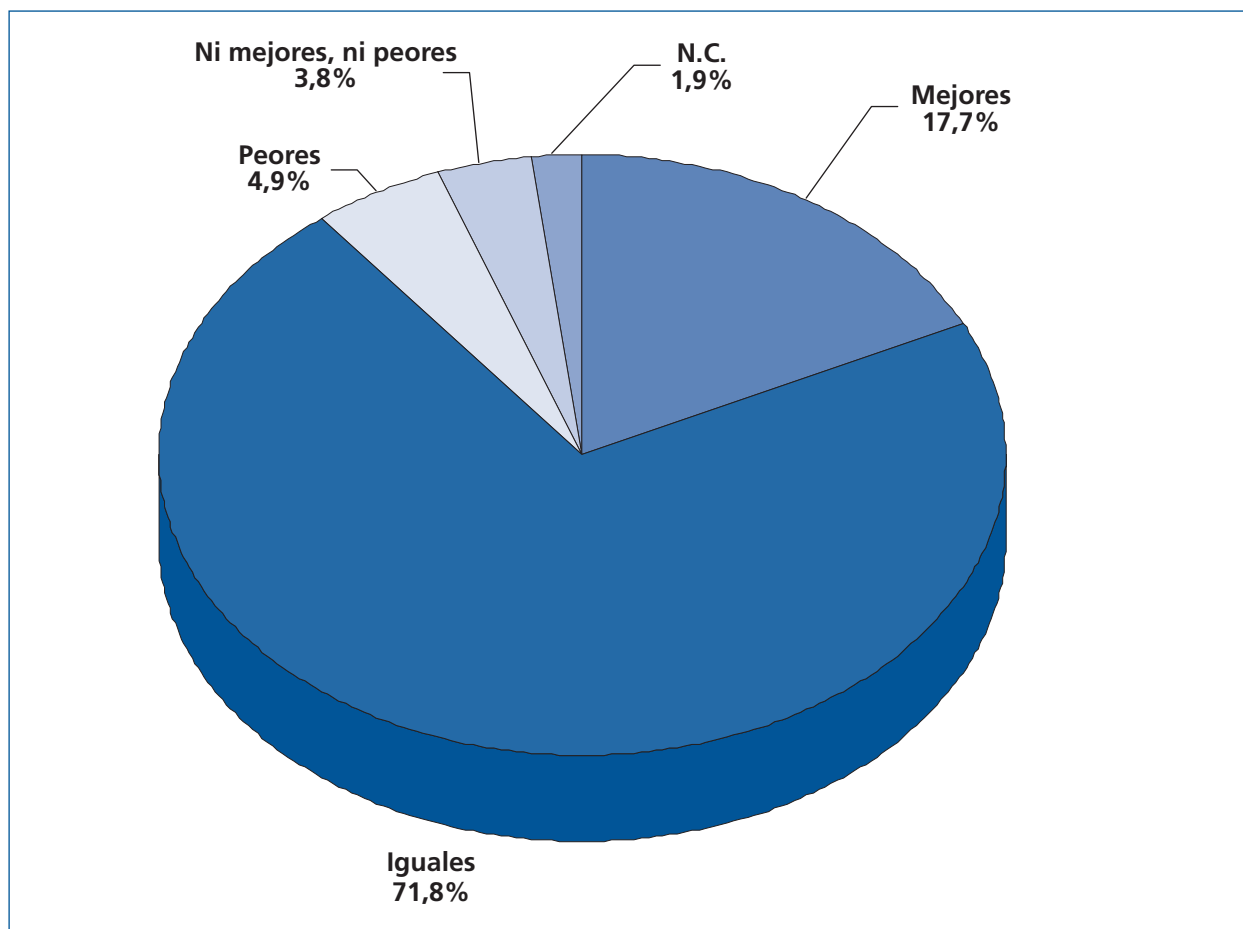
Fuente: Encuesta de Mujeres Mayores, diciembre 2002.

solteros o separados, que están más marginados de las redes familiares, ese lugar se desplaza hacia la familia extensa y los amigos. Las mujeres viudas son las menos activas en todos los ámbitos. En el más íntimo, nuestra información no confirma la hipótesis de que, al enviudar, los hijos adultos intensifiquen las relaciones con sus madres con el fin de prestar apoyo material y emocional para compensar la pérdida del esposo. Las relaciones fuera de este círculo más íntimo también se reducen, incluso las relaciones con vecinos. Es posible que estas relaciones estuvieran marcadas por la presencia del esposo y, al desaparecer este, las mujeres se encuentren fuera de lugar entre las antiguas amistades o relaciones. En realidad, se espera que esa restricción tenga lugar sobre todo en los primeros momentos tras el fallecimiento del esposo, recuperándose después la interacción social, fundamentalmente, a través del contacto con otras viudas. En nuestra encuesta tampoco existen indicios de esa recuperación.

Con respecto a las formas de convivencia, la encuesta muestra que las mujeres que viven solas, en general no tienen más relaciones sociales que las demás, pero quizá la conclusión más llamativa y más firme es la que se refiere a las mujeres que han perdido su autonomía residencial, es decir, las que viven en las viviendas de otros. Todo parece indicar que estas mujeres son socialmente muy poco activas. Probablemente, el cambio de domicilio hace que amigos, vecinos y parientes queden atrás; pero además, no vivir en el propio domicilio puede implicar una falta de libertad para convocar a otras personas en esa casa que no es suya, o que esas otras personas tampoco se sientan libres para establecer la relación. También es cierto que las mujeres que presentan esta forma de convivencia son las que tienen peor estado de salud y las más mayores.

Además de la pérdida de la autonomía residencial, la dependencia funcional también se acompaña de un

Gráfico 8. EVOLUCIÓN RECIENTE DE LAS RELACIONES CONYUGALES DE LAS MUJERES MAYORES.



Fuente: Encuesta de Mujeres Mayores, diciembre 2002.

cierto aislamiento social que, en este caso, se manifiesta particularmente en las relaciones de amistad. Cuando las mujeres mayores necesitan ayuda para la realización de actividades normales de la vida diaria, las relaciones familiares con los nietos y con los hijos que viven en el mismo municipio no se reducen significativamente, sí en cambio, las relaciones con los hijos que viven en otras localidades y con hermanos, primos y otros familiares; también las relaciones de amistad, pero no tanto las relaciones de vecindad que sólo se interrumpen en situaciones de extrema pérdida de autonomía. Es decir, que las mujeres, por el hecho de ser dependientes, no quedan completamente aisladas, pero sí se reduce su círculo social a familiares directos y próximos físicamente. Por el contrario, las mujeres que prestan ayuda a otros son las más activas en todos los ámbitos de sociabilidad.

Desde luego no todas las relaciones que las mujeres mantienen son para ellas igual de importantes: las relaciones familiares son más frecuentes y más significativas para la experiencia vital de las mujeres que las relaciones con amigos o compañeros de club o aso-

ciación. Las que más determinan el grado de satisfacción con la vida en general son las relaciones con hijos y nietos y las de amistad; mucho menos determinantes resultan las relaciones con la familia extensa y con los vecinos. Con respecto a la experiencia de sentimientos de soledad, todo parece indicar que las mujeres mayores entienden la soledad sobre todo como falta de relaciones familiares estrechas, de manera que sólo las relaciones con hijos y nietos (relaciones cara a cara, además, no telefónicas) parecen ser un paliativo eficaz contra los sentimientos de soledad. Obviamente, las relaciones conyugales son significativas para las mujeres mayores que permanecen casadas, la asociación entre la calidad de las relaciones y el grado de satisfacción con la vida en general es bastante sólida. En cuanto a los sentimientos de soledad, los datos de la encuesta indican que la mera presencia del esposo no evita la experiencia de esos sentimientos, sólo cuando las relaciones son buenas se produce ese efecto. La encuesta recoge, además, que las relaciones conyugales empeoran con la edad y mejoran cuando la pareja vive sola, sin presencia de otras personas en el hogar.

5. Actividades

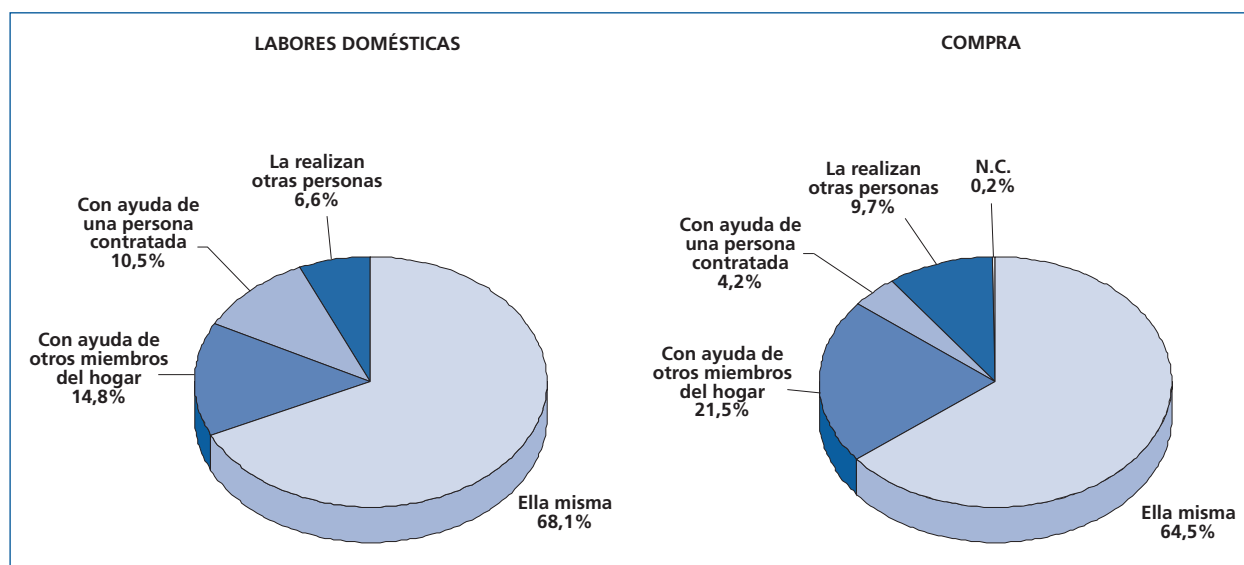
Las actividades que desarrollan las mujeres mayores guardan un estrecho vínculo con sus relaciones sociales. Entre las actividades que ocupan su tiempo, las que suponen relación con otras personas tienen una frecuencia destacada, y, además, entre las que no practican, pero les gustaría realizar, destacan también las que implican algún grado de sociabilidad. No obstante, entre todas esas actividades hay dos que merecen una atención principal, se trata de las tareas domésticas y el cuidado de los nietos. Las tareas domésticas porque pueden ser un indicador de la medida en que los roles de género cambian o no sus contenidos en la vejez; por su parte, el cuidado de los nietos muestra una importante aportación activa de las mujeres mayores que nos llevará a matizar el balance de cuidados familiares que presentamos más atrás.

Reparto de tareas domésticas

En relación con las tareas domésticas, las investigaciones previas parecen demostrar que los roles tradicionales de género se mantienen en la vejez y que sólo empiezan a desdibujarse en la vejez avanzada: los hombres empiezan a participar más en actividades femeninas y las divisiones de género se debilitan.

Según la encuesta, las mujeres mayores se dedican con gran intensidad a las labores domésticas: las dos terceras dicen realizarlas ellas mismas, tan sólo el 6,6% afirma que no colabora en la realización de estas tareas, un 14,8% adicional recibe la ayuda de otros miembros del hogar y una de cada diez, la de una persona contratada. Por término medio, las mujeres dedican a estas actividades 4 horas y 14 minutos, la dedicación se reduce con la edad, pero incluso para las mujeres de 80 o más años está próxima a tres horas, lo que indica una gran continuidad en el rol tradicional de las mujeres mayores, incluso hasta edades relativamente avanzadas. La colaboración de otras personas en las labores del hogar se obtiene fundamentalmente de los hijos cuando estos comparten la unidad de convivencia, no de los esposos. Entre las mujeres casadas, la proporción de las que realizan las labores domésticas sin ayuda disminuye con la edad; en las edades más jóvenes, este descenso se explica casi exclusivamente por el aumento de la proporción de las que cuenta con la ayuda del esposo, la pauta, sin embargo, se interrumpe a los 80 años, a partir de esta edad, la disminución del trabajo de las mujeres se compensa por la aportación del trabajo de una persona contratada.

Gráfico 9. REPARTO DE TAREAS DOMÉSTICAS EN LOS HOGARES DE LAS MUJERES MAYORES.



Fuente: Encuesta de Mujeres Mayores, diciembre 2002.

La pérdida de protagonismo de las mujeres en la realización de las tareas domésticas responde fundamentalmente a las limitaciones impuestas por su estado de salud, a medida que empeora la percepción subjetiva del estado de salud de las mujeres se reduce la proporción de las que dicen encargarse ellas solas de estas tareas. Esto significa que las mujeres, mientras su salud lo permite, asumen por sí mismas el trabajo doméstico, cuando su estado de salud impide la realización completa de estas tareas es cuando otras personas intervienen. La necesidad de ayuda para la realización de actividades de la vida diaria es decisiva, a pesar de lo cual tres de cada diez mujeres que necesitan ayuda, siguen asumiendo las tareas domésticas sin la cooperación de ninguna persona.

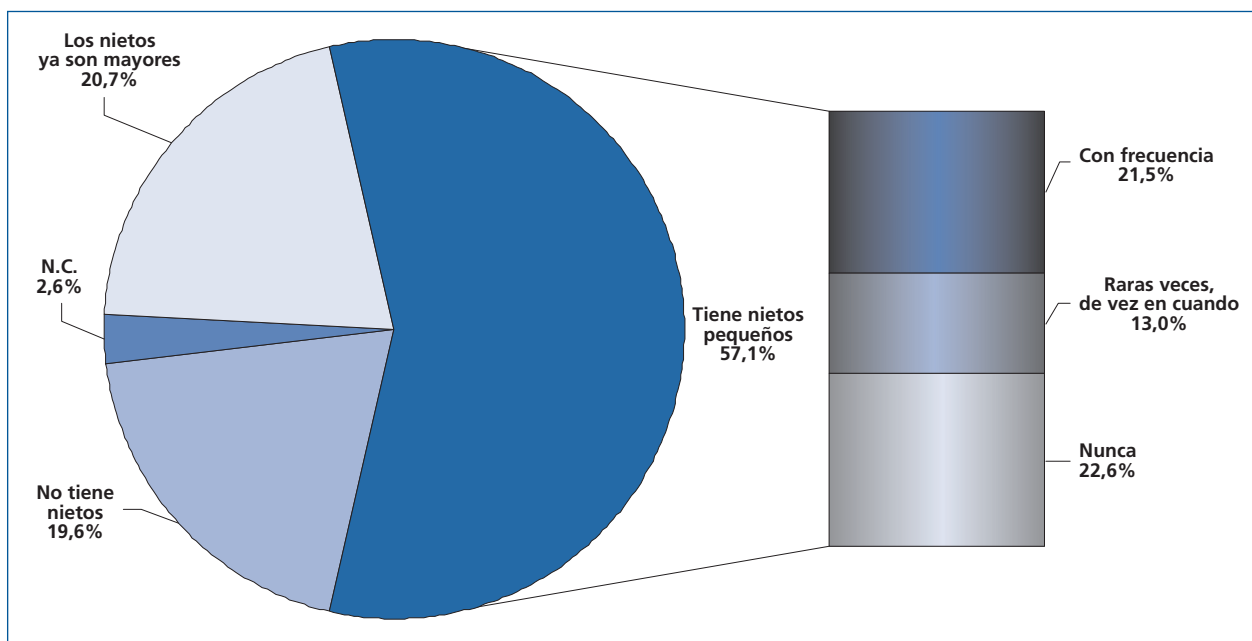
Cuidado de los nietos

A pesar de que el rol de abuelo está poco estructurado en las sociedades occidentales, las generaciones de mujeres que hoy han traspasado la frontera cronológica de la vejez parecen estar desarrollando un rol muy activo. Una de cada cinco mujeres (21,5%) afirma cuidar de sus nietos con frecuencia, y un 13% más lo hace «de vez en cuando». En términos absolutos significa que unas 892.000 mujeres mayores

cuidan a nietos de forma habitual. Expresando los porcentajes a partir de las mujeres que tienen nietos pequeños, obtenemos que de cada diez mujeres con nietos pequeños, cuatro los cuida con asiduidad y otras dos de vez en cuando. Las mujeres casadas, que también son más jóvenes por término medio, son las que se ocupan con mayor frecuencia del cuidado de los nietos, quizá porque en estos casos cuentan con el apoyo, más o menos activo, del esposo. Aunque sabemos que las características del cuidado son distintas, puesto que el cuidado de los nietos entre los hombres responde más a un esquema de cuidado ocasional frente a la atención más continuada que proporcionan las mujeres, los hombres también pueden desempeñar un rol de apoyo en ese cuidado cotidiano y más intenso que proporcionan las mujeres. Entre las mujeres de nuestra encuesta, esta actividad de cuidado se relaciona con los sentimientos generales ante la vida y parece evitar la experiencia de sentimientos de soledad.

Con esta nueva información, de las mujeres mayores que cuidan a sus nietos de forma habitual podemos completar el cuadro sobre el funcionamiento de las *redes familiares de apoyo*. La primera constatación es que esas redes funcionan de una manera bastante intensa. El balance de los cuidados, dentro del ám-

Gráfico 10. FRECUENCIA CON LA QUE LAS MUJERES MAYORES CUIDAN A SUS NIETOS.



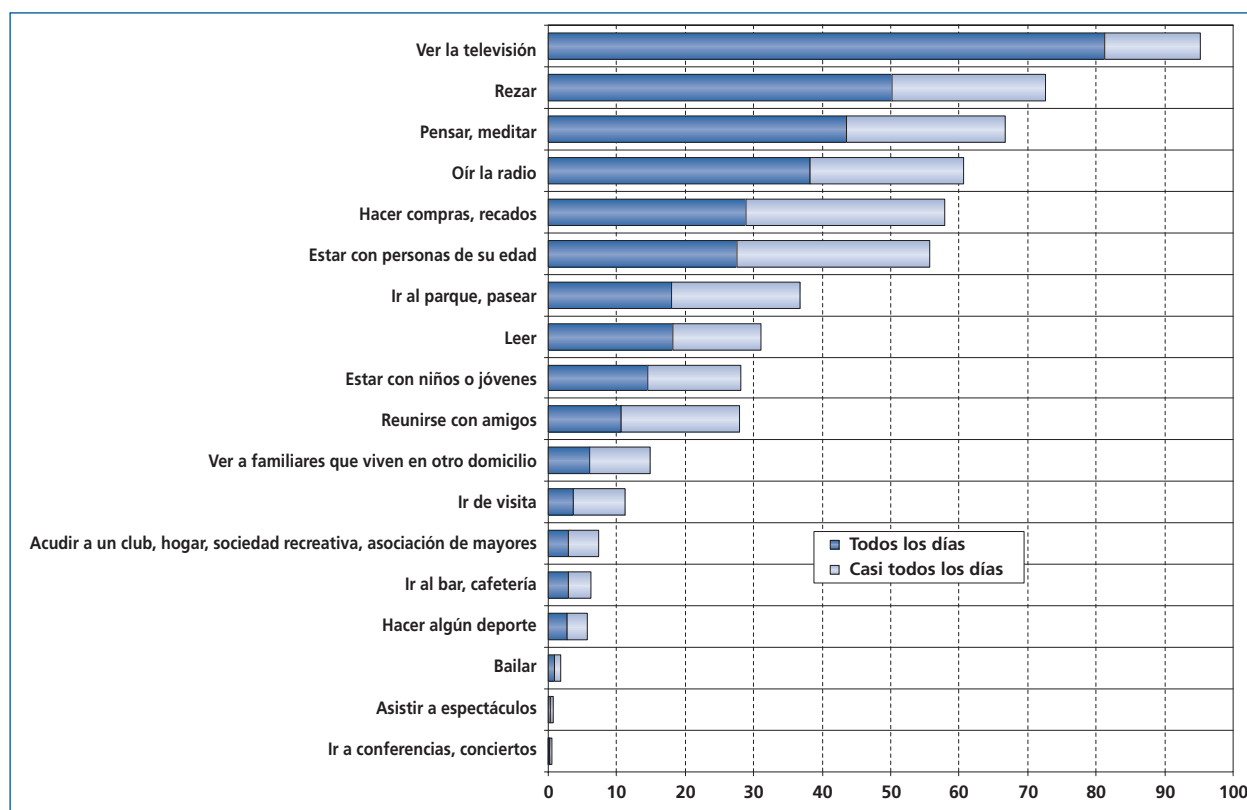
Fuente: Encuesta de Mujeres Mayores, diciembre 2002.

bito familiar es el que sigue: el 17,6% de todas las mujeres mayores recibe ayuda de un miembro de su familia para la realización de actividades de la vida diaria; pero el 9,3% de las mujeres mayores ayuda a su vez a algún familiar en la realización de esas mismas actividades, y además, el 21,5% de las mujeres mayores cuida a algún nieto de forma habitual. En términos absolutos las mujeres mayores movilizan la ayuda de 728.000 personas pertenecientes a su familia, al tiempo que aportan a esa familia 386.000 cuidadoras de adultos y otras 891.500 cuidadoras de niños. Estas cifras implican la movilización de unos dos millones de personas prestando servicios de atención y cuidado dentro de la familia; además, el saldo se inclina a favor de las mujeres mayores que aportan un *ejército* de 1.280.000 cuidadoras aproximadamente (tres de cada diez mujeres mayores cuida de alguna persona), frente a las 728.000 del resto de la familia (una diferencia de 550.000 cuidadoras mayores).

Otras actividades

La encuesta también preguntaba por otras actividades, entre ellas las que las mujeres realizan con mayor frecuencia son las de carácter más pasivo y las que se realizan dentro del hogar: ver la televisión, rezar, pensar o meditar y oír la radio. La audiencia de los medios de comunicación es especialmente frecuente: unas ocho de cada diez mujeres ven la televisión a diario y aproximadamente la mitad oyen la radio con la misma frecuencia. Además de las explicaciones tradicionales hay otros factores que pueden explicar esta práctica tan intensa, por ejemplo, el hecho de que la audiencia de los medios no necesite una dedicación exclusiva, es decir, que se puedan hacer otras cosas al mismo tiempo, y la medida en que, al funcionar con esquemas temporales definidos, pueden contribuir a estructurar el tiempo vital de las mujeres. Rezar, pensar y meditar ocupa también a las mujeres mayores casi a diario, son actividades que no

Gráfico 11. ACTIVIDADES REALIZADAS POR LAS MUJERES MAYORES DURANTE LA SEMANA ANTERIOR A LA APLICACIÓN DE LA ENCUESTA.



Fuente: Encuesta de Mujeres Mayores, diciembre 2002.

requieren interacción, que se realizan en el interior, pero que quizá no debieran calificarse sin más como pasivas. Tras éstas, aparece una actividad cuya interpretación también requiere algún matiz, se trata de las compras o recados, las mujeres mayores las realizan casi cuatro veces a la semana por término medio. En principio es una actividad estrechamente vinculada a las labores domésticas, confirmando la hipótesis de que el tiempo de las mujeres se llena sobre todo con quehaceres vinculados a su rol de amas de casa. Sin embargo, hacer compras y recados es también una actividad social, que requiere intercambios con otros, y que se realiza fuera del hogar. Cabría realizar la consideración de que hacer la compra es equivalente en las mujeres a otras actividades que realizan preferentemente los hombres como pasear o reunirse con amigos en algún lugar al aire libre.

La edad reduce la frecuencia de todas las actividades, especialmente de las que requieren salir de los límites del ámbito doméstico; sólo aumentan con la edad pensar, meditar y rezar, que actúan en las mujeres mayores como sustitutas de otras actividades. El estado civil también actúa sobre el uso del tiempo, los resultados indican que las mujeres divorciadas o separadas y solteras son las más activas y las viudas las menos. Pero, sobre todo, las mujeres menos activas son las que residen en las viviendas de otros, en parte por la separación del medio habitual en el que se ha desarrollado su vida y, en otra parte, por la falta de libertad también en el desarrollo de actividades que puede implicar esta situación convivencial; aunque también es cierto, como hemos recordado ya, que estas mujeres son las más mayores y las que tienen un estado de salud más deteriorado. Esta reducción de las actividades alcanza incluso a la más frecuente, la audiencia de televisión. Por otra parte, las mujeres que viven solas se reúnen más con amigos y partici-

pan más en los clubes y asociaciones, a cambio suelen encontrarse con menos frecuencia con niños y jóvenes; entre las actividades que no requieren salir, leen más y oyen la radio en mayor medida. Las mujeres que viven en pareja muestran una frecuencia más elevada en un buen número de las actividades que se realizan fuera del hogar: van más a los bares y cafeterías, seguramente porque esta actividad se realiza en compañía del esposo; van más al parque o a pasear y a hacer compras y recados. Por último, el nivel de formación es un poderoso condicionante del uso del tiempo: para casi todas las actividades propuestas, la frecuencia aumenta a medida que lo hace la formación de las mujeres, excepto, para la audiencia de televisión, con la que sucede lo contrario.

Algunas de estas actividades han sido iniciadas por las mujeres siendo ya mayores, destacan especialmente la colaboración en actividades de la iglesia o parroquia, el turismo, la participación en asociaciones, los cursos de manualidades y el deporte. Las actividades de voluntariado, más o menos formalizadas, son menos frecuentes: apenas el 2,2% de las mujeres mayores ha iniciado recientemente una actividad de voluntariado social y apenas el 1,2% una actividad de apoyo no remunerado a personas desconocidas. Queda por fin la cuestión de la separación entre la realidad y el deseo con respecto a las actividades que desarrollan las mujeres mayores. La encuesta trató de medir esa distancia preguntando a las mujeres mayores qué actividades de las que no realizan les gustaría poder practicar. Las actividades que más desean realizar las mujeres mayores tienen que ver con lo que normalmente llamamos «salir», la más añorada es asistir a espectáculos y, a más distancia, bailar. Además, aproximadamente un 6% muestra el deseo de acudir a un club o asociación de mayores.

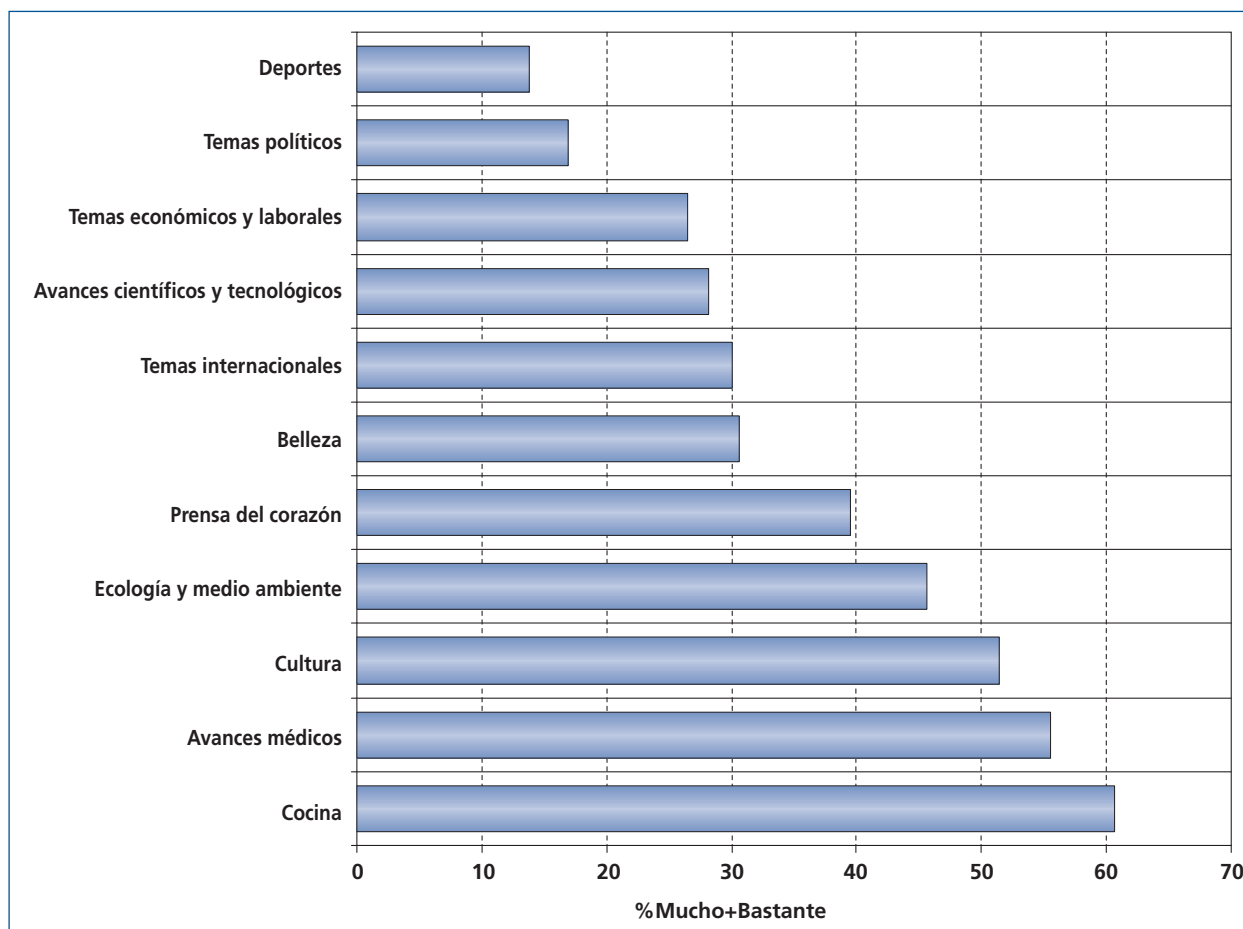
6. Actitudes y valores

Intereses generales

El retrato de las mujeres mayores que emerge hasta este momento dista de la imagen estereotipada de las mujeres mayores inactivas y aisladas de su medio social. La encuesta indaga también otra dimensión adicional de su relación con ese medio social, a través del interés que suscita en ellas la información por temas generales. Entre todos los propuestos, destaca el interés de las mujeres mayores por el que responde al enunciado de «cocina», lo que indica, de nuevo, la continuidad de las mujeres en el rol de cuidadoras del hogar y, en especial, su preocupación por los asuntos relacionados con la nutrición. Esta relación se confirma por el hecho de que la cocina interesa sobre

todo a las mujeres que han estado o están casadas y a las que viven en pareja o con pareja y algún hijo. A la cocina le siguen en orden de interés los avances médicos (55,5%), en consonancia con la gran preocupación que las personas mayores muestran por la salud; además el interés aumenta con la edad. En tercer lugar aparecen temas más convencionales que preocupan en general a todos los miembros de nuestra sociedad, con independencia del género y la edad, se trata de la cultura y el medioambiente. También ocupan lugares destacados en los intereses de las mujeres otras dos áreas que pueden considerarse «temas femeninos»: la *prensa del corazón* interesa mucho o bastante a unas cuatro de cada diez mujeres y la belleza, a casi tres de cada diez. Las mu-

Gráfico 12. INTERÉS DE LAS MUJERES MAYORES POR LA INFORMACIÓN DE DISTINTAS ÁREAS.



Fuente: Encuesta de Mujeres Mayores, diciembre 2002.

eres mayores mantienen el interés por estos asuntos, incluso cuando perciben su estado de salud de forma más negativa o necesitan ayuda para las actividades de la vida diaria, cuando el interés por temas más convencionales decae considerablemente. En el otro extremo, las mujeres solteras y las que tienen niveles educativos más altos, aunque mantienen el interés por estas cuestiones, se interesan más por otras como la cultura, la ecología y el medio ambiente o la política exterior. Las áreas que menor interés suscitan son el tema masculino por excelencia, es decir, el deporte, y las relacionadas con la política, fundamentalmente la política interna.

Otros valores: política y religión

La encuesta también indaga las actitudes de las mujeres con respecto a la política y la religión. En relación a la política, la encuesta constata el contraste entre el desinterés que expresan por estos asuntos y su elevada participación electoral, junto con una notable resistencia a hablar de ello, una resistencia que aumenta con el nivel educativo de las mujeres. Con respecto a la religión, el resultado de la encuesta es también una constatación de lo ya conocido: su profunda religiosidad y su elevada frecuencia en las prácticas religiosas. Efectos generacionales, de género y edad parecen conjugarse en el hecho de que las mujeres mayores españolas, por ser mayores, sean más religiosas que cualquier otro grupo de edades; por ser mujeres lo sean más que los hombres mayores; y por ser españolas y haber nacido y vivido en ese contexto histórico y cultural preciso, lo sean también más que sus coetáneas europeas o norteamericanas. Las prácticas religiosas, medidas a través de la frecuencia con la que asisten a los oficios religiosos es muy elevada, a pesar de las dificultades que expresan alguna de ellas (6,6% que no pueden y otro 6,8% que la ve por televisión), más de la mitad (52,7%) cumple con el precepto de ir a misa los domingos y festivos. Tan sólo la edad avanzada, y el consiguiente deterioro del estado de salud, se erigen en obstáculos para esta práctica tan intensa.

En su dimensión social, el análisis de las prácticas religiosas dice que no siempre las mujeres acuden a la

iglesia como mecanismo de compensación de la falta de relaciones sociales o de compañía dentro del ámbito doméstico. Es cierto que las mujeres que viven solas se encuentran entre las que acuden con mayor frecuencia a la iglesia, pero también acuden con especial asiduidad las mujeres casadas y las que viven en pareja o con su pareja y algún hijo. Tampoco las mujeres viudas buscan esta compensación, ni las que viven en los municipios más grandes, que son las que en general se sienten más aisladas. Mucho más influyentes resultan las dificultades funcionales y el estado de salud, así como el nivel de instrucción y los ingresos. La faceta social de la asistencia a la iglesia parece más compleja, si en algunas mujeres (particularmente las solteras y las que viven solas) puede actuar en ese sentido de compensar la soledad o la falta de otras oportunidades de establecer relaciones sociales, en otras, acudir a la iglesia es la consecuencia de todo lo contrario, de encontrarse socialmente integrada. Esta sería la razón de que las mujeres que conviven con sus maridos o con marido e hijos acudan a la iglesia más a menudo.

En consonancia con la intensidad de las prácticas, el grado de religiosidad declarado de las mujeres mayores es muy elevado: casi una de cada tres se define como muy religiosa y otras cuatro de cada diez como bastante religiosas. En esa religiosidad, las mujeres mayores presentan una peculiaridad con respecto al resto de la población española: se trata de la relación del sentimiento religioso con el nivel educativo. En las mujeres mayores, a medida que aumenta el nivel educativo aumenta también la religiosidad y la frecuentación de la iglesia. Esto no sucede con el resto de la población española, al contrario, entre los demás grupos de edades el nivel de formación reduce la religiosidad; de hecho, en la sociedad española tener una baja formación parece ser un buen predictor de religiosidad, pero no entre las mujeres mayores. Las explicaciones tradicionales dicen que al aumentar la formación aumentan también las alternativas a las prácticas y las creencias religiosas. La educación permite conocer otras actividades y otros sistemas normativos que compiten con las religiosas y a las que, en buena medida desplazan; la información de la encuesta de mujeres mayores no confirma esta relación para las mujeres por encima de los 65 años.

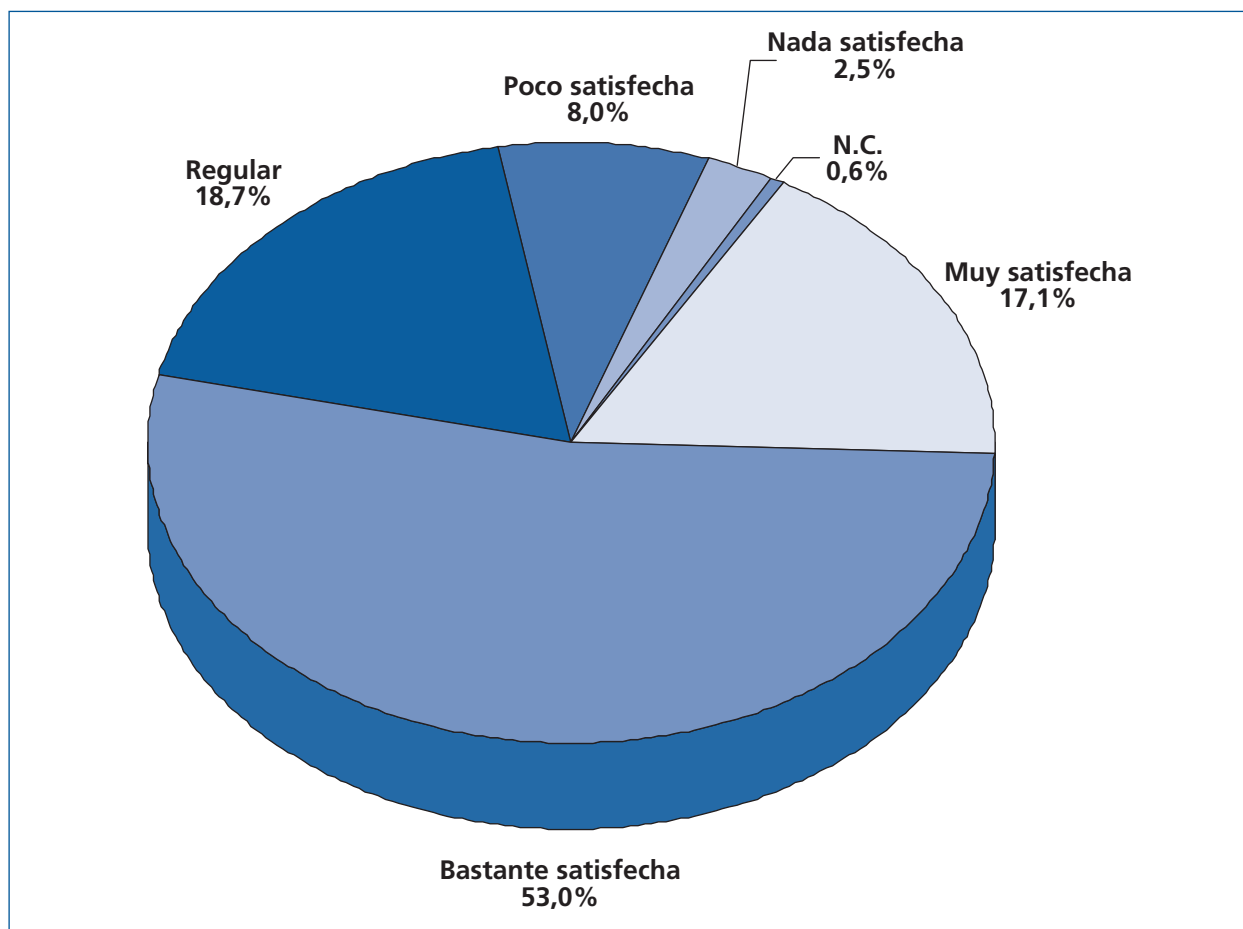
7. La experiencia de envejecer

Sentimientos generales ante la vida

Las mujeres mayores expresan un grado de satisfacción muy elevado con la manera en que transcurre su vida en los momentos actuales: siete de cada diez mujeres se sienten muy o bastante satisfechas, y sólo una dice sentirse poco o nada satisfecha. El diagnóstico es además muy claro, ya que la proporción de mujeres que no responden a la pregunta es muy baja. Esta elevada complacencia no se reparte, no obstante, de forma homogénea entre todas las mujeres. Con la edad disminuye de forma clara, de manera que a partir de los 80 años, ya una de cada seis

mujeres expresa claramente su escasa satisfacción con la vida. Entre las variables relacionadas con la vida familiar y las relaciones sociales, el estado civil muestra que envejecer en compañía es un factor importante en la determinación de los sentimientos generales ante la vida de las mujeres mayores; las mujeres casadas expresan un grado de satisfacción más alto que las viudas y solteras. Tener hijos también se relaciona con una visión más satisfactoria de la vida. De la misma forma, vivir sola o con algún hijo en la propia vivienda se asocia a mayor descontento y, al contrario, vivir en pareja o, en menor medida, vivir en pareja y con hijos.

Gráfico 13. SENTIMIENTOS GENERALES ANTE LA VIDA DE LAS MUJERES MAYORES: GRADO DE SATISFACCIÓN CON SU SITUACIÓN ACTUAL.

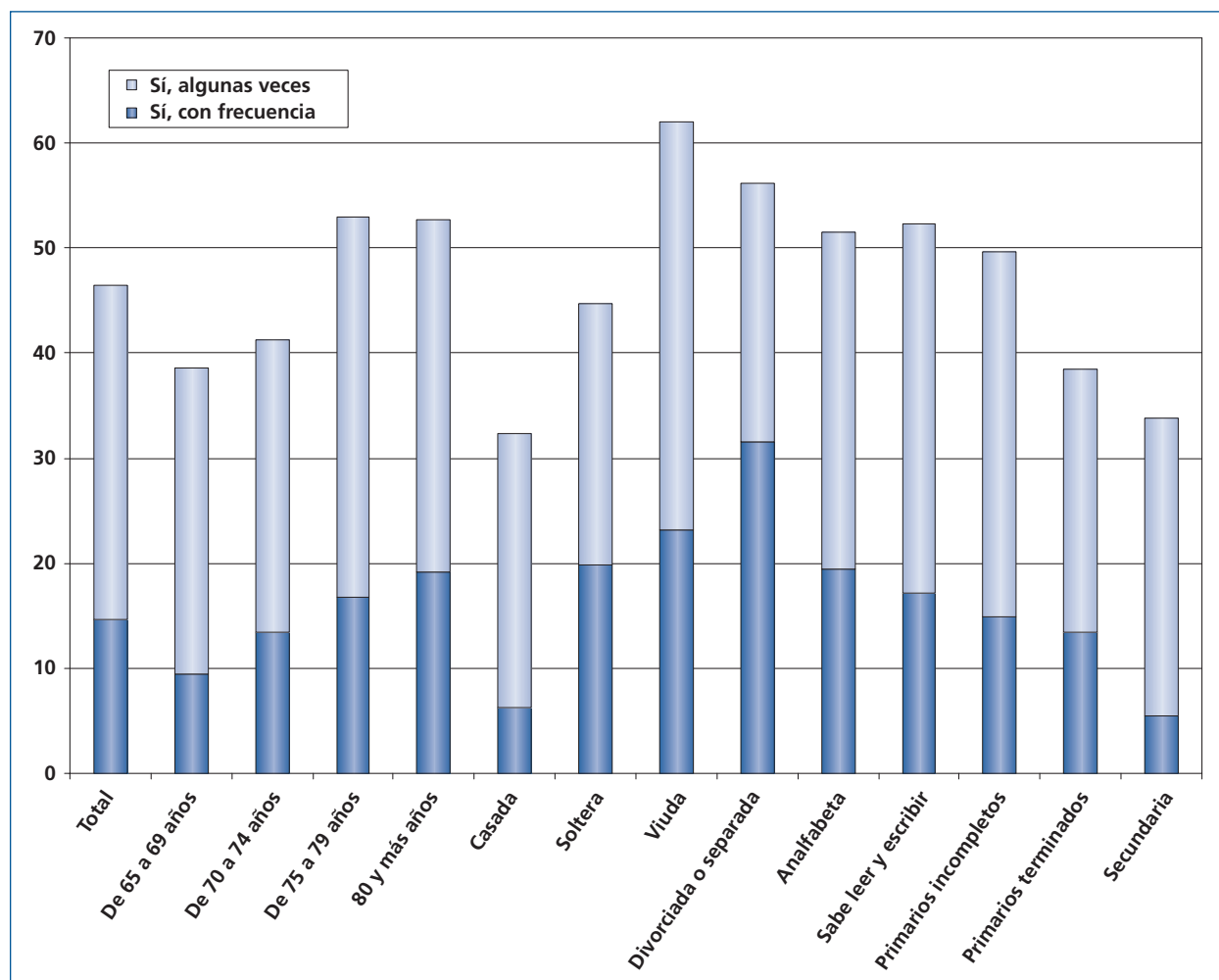


Fuente: Encuesta de Mujeres Mayores, diciembre 2002.

Entre las relaciones con los allegados, las más significativas con respecto a la satisfacción ante la vida, parecen ser las que mantienen con los nietos y con los hijos, confirmando que para las mujeres mayores los vínculos más importantes y significativos son los que pertenecen a su círculo más íntimo. Las relaciones con otros familiares o con compañeros de club o asociación son menos determinantes y algo más las relaciones con amigos. Es decir, que las relaciones de amistad son también significativas, aunque nunca en la misma magnitud que las relaciones con hijos o nietos. Por otra parte, la satisfacción vital aumenta cuando lo hace la formación de las mujeres mayores, la proporción de las que se declaran muy o bastante satisfechas aumenta desde el 64,4% que corresponde a las mujeres analfabetas, hasta el 80,0% de las que han completado, al menos, estudios secundarios.

El estado de salud subjetivo es muy determinante como referencia en la formación de los sentimientos generales ante la vida, el 85,7% de las mujeres que estiman que su salud es buena o muy buena se sienten satisfechas con sus vidas, mientras que entre las afirman que su salud es mala o muy mala, la proporción es sólo del 50,8%, además cuatro de cada diez se muestran claramente insatisfechas. La importancia de la salud, medida ahora desde un punto de vista objetivo, se manifiesta también en los diferentes «estados de ánimo» que expresan las mujeres según necesiten o no la ayuda de otros para realizar actividades de la vida diaria: las tres cuartas partes de las que mantienen su independencia funcional se declaran muy o bastante satisfechas, frente al 55,1% de las que necesitan ayuda. Quizá en este caso lo más destacable sea precisamente lo que representa esa última proporción, es decir, el hecho de que más de la

Gráfico 14. FRECUENCIA CON LA QUE LAS MUJERES MAYORES EXPERIMENTAN SENTIMIENTOS DE SOLEDAD SEGÚN ESTADO CIVIL Y GRUPOS DE EDAD.



Fuente: Encuesta de Mujeres Mayores, diciembre 2002.

mitad de las mujeres que han perdido su autonomía para desenvolverse en las actividades de la vida cotidiana siga experimentando todavía ese elevado grado de satisfacción vital.

Sentimientos de soledad

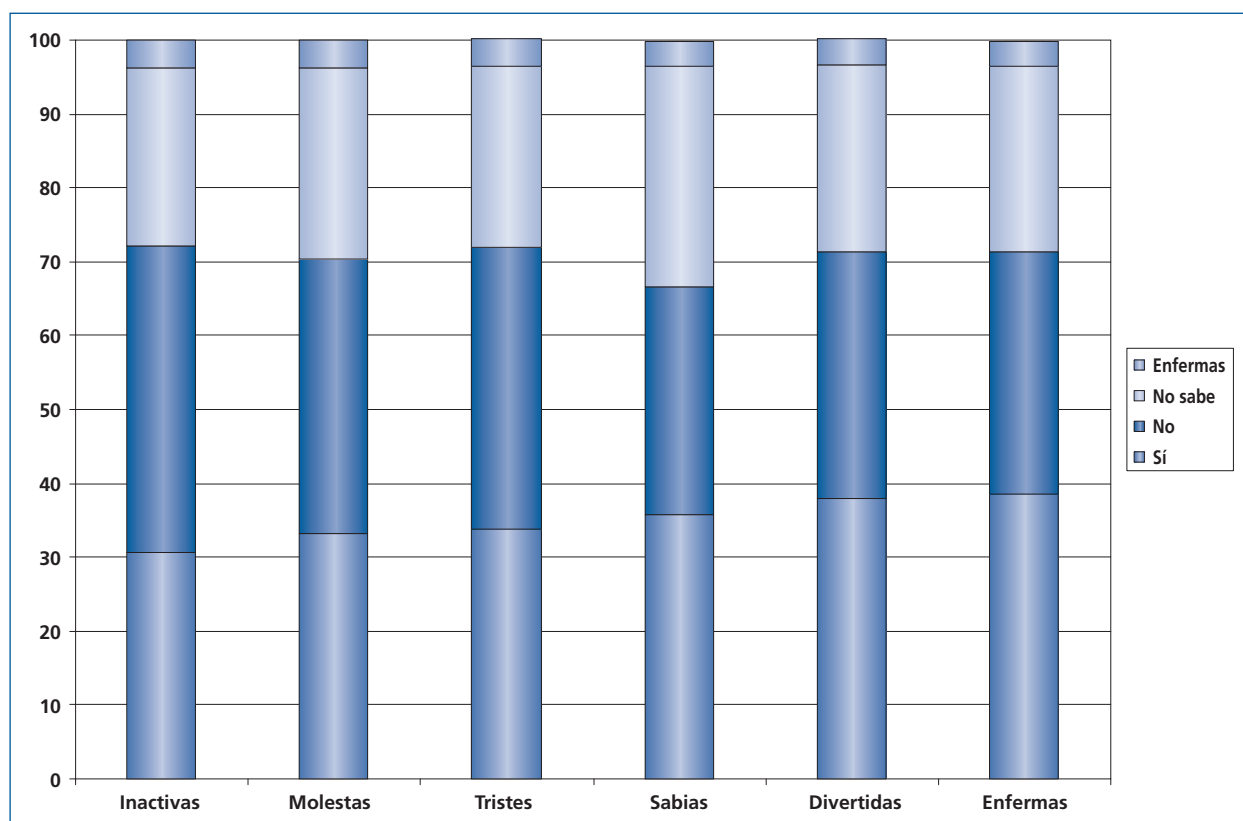
Una de las características que suelen asociarse a la experiencia de envejecer es la soledad, sobre todo entre las mujeres. En estos momentos, además, el constante incremento de mujeres viviendo solas pone en primer plano de actualidad esta cuestión, aunque, desde luego, la relación entre vivir sola y soledad no tiene por qué ser inmediata. Según la encuesta el 14,7% de las mujeres mayores experimenta estos sentimientos con frecuencia; hay además un 31,7% que dice experimentarlos algunas veces. La experiencia de la soledad entre las mujeres mayores resulta considerablemente más frecuente que en el conjunto de la sociedad española. Una encuesta del Centro de Investigaciones Sociológicas, realizada en

enero de 2002 (CIS, *Estudio 2.442*), estima que uno de cada tres españoles de 18 o más años experimenta sentimientos de soledad: el 6,6% con frecuencia y el 26,6% «algunas veces». La experiencia de la soledad tiene una base objetiva, en el sentido de que las mujeres que se sienten solas con más frecuencia son las que viven solas, las que tienen más de 75 años y las que tienen una salud más frágil. Pero hay otras variables cuya influencia es más difícil de explicar: el estado civil, particularmente la diferencia entre los sentimientos de soledad de viudas y solteras, y el nivel educativo, que guarda una relación negativa con este sentimiento.

Imagen social de las mujeres mayores: atributos y edades de la vejez

Para terminar el análisis del universo valorativo de las mujeres mayores, introducimos ahora un conjunto de indicadores que tratan de aproximarse a la imagen so-

Gráfico 15. IMAGEN SOCIAL DE LAS MUJERES MAYORES: CALIFICATIVOS QUE CREE QUE LA SOCIEDAD ATRIBUYE A LAS MUJERES MAYORES.

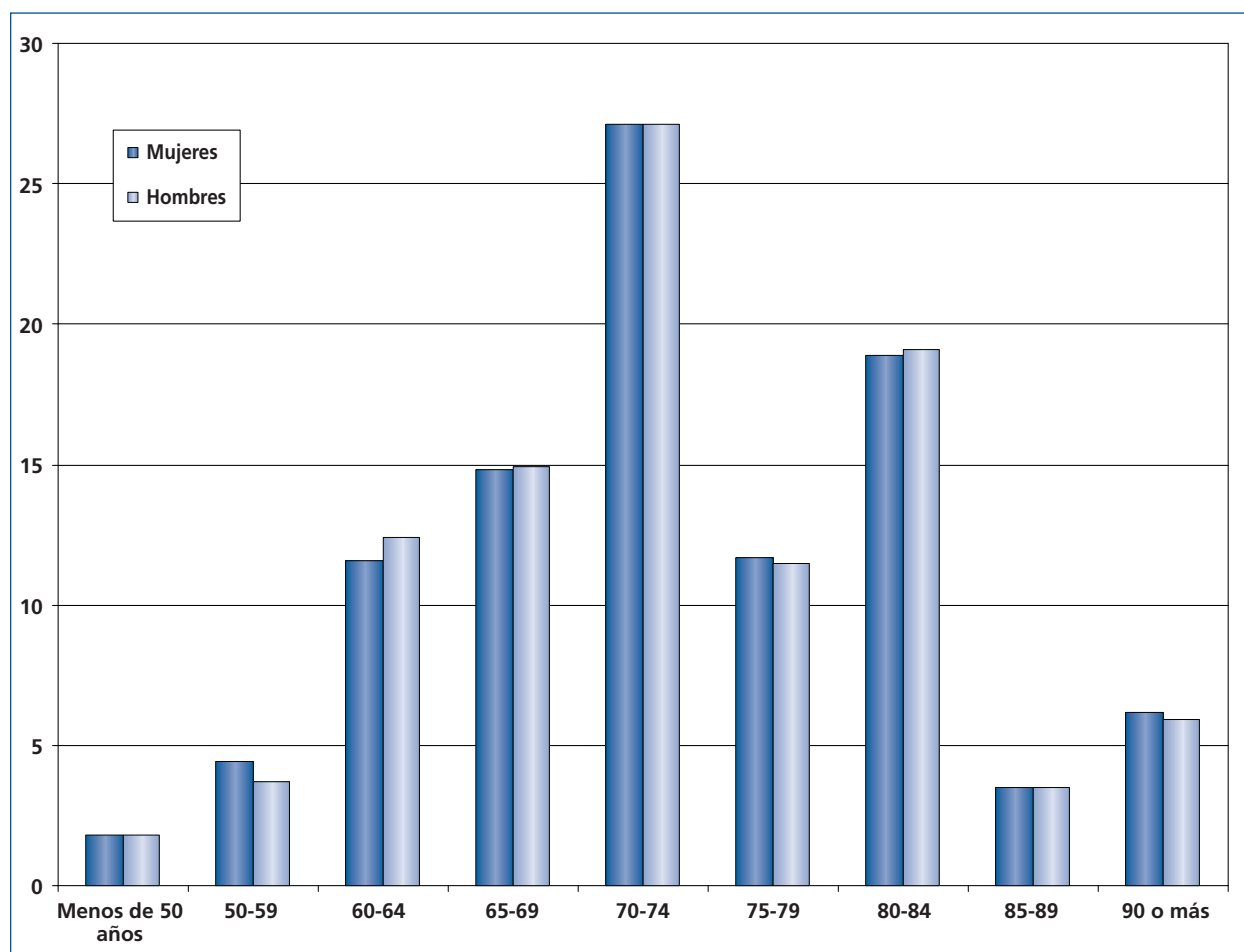


Fuente: Encuesta de Mujeres Mayores, diciembre 2002.

cial que las propias mujeres estiman que proyectan en el resto de la sociedad. La imagen se concreta en unos atributos sobre los que se pregunta a las mujeres mayores hasta qué punto cree que la sociedad los asocia con su propia condición. A juicio de las mujeres mayores, la sociedad las considera, como colectivo, con una cierta ambivalencia. Estiman que la sociedad las percibe sobre todo como enfermas, divertidas y sabias. El resto de las características propuestas se ordenan de la siguiente forma: tristes, molestas y, por último inactivas. Comparando con otros registros de imagen social de las personas mayores, las mujeres mayores tienen una visión de sí mismas, como colectivo, más positiva de la que tiene la sociedad en su conjunto de las personas mayores, pero menos que cuando las personas mayores se juzgan a sí mismas como colectivo y, por supuesto también más negativa que cuando se juzgan individualmente.

Como indicador de la manera en que se construye socialmente la vejez, la encuesta también indagó sobre la edad a la que las mujeres consideran que una persona es mayor. Los resultados muestran el escaso significado de los 65 años como umbral de la vejez, tan sólo una de cada diez mujeres consideran que una mujer o un hombre son mayores a esa edad. En la distribución de edades de acceso a la vejez según las mujeres mayores, el valor más frecuente (el *valor modal* de la distribución) son los 70 años, con el respaldo de una de cada cinco mujeres, tanto para ellas mismas como para los varones. El valor medio resulta un poco más alto 71,9 años, tanto para hombres como para mujeres. Las dos distribuciones, las edades marcadas para hombres y mujeres son muy similares, de hecho, las tres cuartas partes de las mujeres mayores consideran que los varones son mayores a la misma edad que las mujeres.

Gráfico 16. MUJERES MAYORES SEGÚN LA EDAD A LA QUE CONSIDERAN QUE UNA MUJER ES MAYOR.



Fuente: Encuesta de Mujeres Mayores, diciembre 2002.

8. Conclusiones

El estudio en el que se basa este resumen de la realidad socioeconómica de las mujeres mayores permite matizar algunas facetas de la versión estereotipada de las mujeres según la cual en la vejez, las mujeres adoptan una posición pasiva frente al mundo que les rodea y su vida se centra básicamente en lo que ocurre dentro de su propio hogar o en su propio cuerpo. Es indudable que el cuidado del hogar, su continuidad en el rol tradicional de amas de casa forma una parte importante de su experiencia en la vejez. Pero, además, ese rol se intensifica en la prestación de ayuda a otros, de forma destacada a los nietos, pero también a los hijos que siguen viviendo en sus hogares, en una suerte de *crianza prolongada* que les ha tocado vivir a las mujeres mayores de este comienzo de siglo. La importancia de este rol continúa en la relevancia que adquieren para su experiencia vital las relaciones familiares, particularmente las que mantienen con sus hijos; no obstante, las relaciones de amistad y las adquiridas en clubes o asociaciones también son significativas en la conformación de sus sentimientos generales ante la vida y de la experiencia de la soledad.

La discusión sobre la medida en que la aportación de estas mujeres mayores a sus familias se vea o no correspondida por los miembros de las generaciones más jóvenes, pasa por la constatación de que, efectivamente, las mujeres mayores aportan más cuidados de los que reciben, sobre todo, si tenemos en cuenta el cuidado de los menores, los nietos y, por otro lado, la irrupción de nuevos agentes en la atención de las

mujeres mayores, en particular, la asistencia pública y la de personas remuneradas. Sin embargo, la encuesta también confirma que las familias, y sobre todo, las hijas, siguen siendo fundamentales en la atención de las mujeres mayores que han perdido su autonomía funcional, sobre todo cuando su situación se agrava, o cuando la ayuda requerida es de carácter más íntimo.

También comprueba la encuesta que, a pesar de la centralidad de la vida familiar en el discurrir de la existencia de las mujeres mayores, ellas mantienen un grado considerable de actividad social y de vinculación con los asuntos que preocupan al resto de la sociedad. Hemos constatado, no obstante, algunas situaciones en las que esta actividad disminuye considerablemente, particularmente, en las mujeres que residen en las viviendas de otros y, en menor medida, entre las viudas, que aún soportan el peso de una visión tradicional de la viudedad que reduce sus redes sociales y sus actividades.

Del estudio emerge, por fin, una última conclusión y es que, sin menoscabo de ciertas características comunes, las mujeres mayores no constituyen un todo homogéneo. En todos los comportamientos y actitudes analizados ciertas condiciones de las mujeres marcan importantes diferencias. La edad, el estado civil, el nivel de instrucción y otras características se constituyen en verdaderas variables segmentadoras en cuanto al contenido preciso y a las expectativas en las que consiste la experiencia de envejecer en femenino.

Observatorio de Personas Mayores

Subdirección General de Planificación, Ordenación y Evaluación
Avda. de la Ilustración, s/n c/v a Ginzó de Limia, 58
28029 MADRID

Tlfno: +34 913 638 523

Fax: +34 913 638 942

E-mail: opm.imserso@mtas.es

VISITE EL PORTAL MAYORES: <http://www.imserso mayores.csic.es>